

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El apagón

La ciudad de Nueva York se ve afectada (una vez más) por un tremendo corte de energía eléctrica, cuando Brigitte y sus amigos están pasando un rato agradable en el apartamento de ésta. Todo queda a oscuras. Nada preocupant… ¿o sí? porque resultará que en esta ocasión, la avería es muy especial. Durante el tiempo de oscuridad desaparecen 17 diplomáticos de diferentes países.



Lou Carrigan

El apagón

Brigitte en acción - 303

ePub r1.0
Titivillus 29-08-2019

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

Los tres hombres entraron por separado en el Golden Club de Nueva York, No llamaron absolutamente la atención de nadie. Simplemente tres hombres, cada uno por su cuenta, dispuestos a pasar un rato distraído y tomar un par de copas mientras contemplaban las más o menos importantes atracciones, igual que muchas otras personas que habían acudido aquella noche al Golden Club.

Sí hubiese habido algún cliente del Golden Club al que la atracción que estaba en la pequeña pista en aquel momento le hubiese aburrido y se hubiese dedicado a contemplar a sus congéneres humanos, quizá, quizá, habría llegada a la conclusión de que aquellos tres hombres que habían entrado por separado se conocían.

Dos de ellos coincidieran calmosamente en la barra y pidieron sendos *whiskys* sin mirarse, ignorándose completamente el uno al otro. El tercero, calmosamente, fue a apoyarse en una columna, y su mirada, tras ir hacia una mesa cerca de la pista en la que había un matrimonio de raza negra, fue hacia los dos hombres de la barra. Solo uno de estos volvió la vista hacia él y parpadeó.

Solo eso. Pero entre ellos era suficiente para entenderse.

El que estaba apoyado en la columna desvió acto seguido la mirada hacía la pareja de jóvenes cantantes que, en realidad, lo estaban haciendo muy bien. Tenían al público prendido en su actuación. Luego, el hombre miró su reloj de pulsera, y finalmente cruzó los brazos como dispuesto a acomodarse y no perderse la actuación de los artistas.

En la barra, el hombre que había mirado al de la columna miró también su reloj. Luego, bebió un sorbo de *whisky*. Y mientras dejaba el vaso en el mostrador, murmuró:

—Faltan solamente dos minutos.

El otro miró su reloj, asintió, y llevó la mano hacia su vaso.

—Sobre todo, recordad, tú y Steiner, que el Golden Club tiene su propio generador, como muchos otros locales y edificios, y que según hemos estudiado, no creo que tarden más de un minuto en conseguir luz por sus propios medios.

—No hay nada que se nos vaya a pasar por alto —sonrió el otro. El que estaba apoyado en la columna respingó de pronto cuando en la semipenumbra del Golden Club destelló un súbito fogonazo lívido. Su mirada buscó rápidamente la causa de aquello, y frunció el ceño cuando vio a la muchacha fotógrafa que acababa de tomar una fotografía de la pareja de cantantes. Luego la muchacha se desplazó, conversó con un hombre que compartía su mesa con tres mujeres y otros dos hombres, y al recibir su consentimiento se alejó un poco y disparó otra fotografía.

De nuevo apareció en la sala el relumbrón del *flash* al ser disparado, pero esto a nadie molestó ni inquietó, todos estaban allí para disfrutar, y si algunos clientes querían conservar un recuerdo de ello les parecía muy bien. Eso era todo.

Los dos que estaban tomando *whisky* en la barra también se habían vuelto al percibir el destello del *flash*, y tras mirar a la muchacha hicieron un gesto de indiferencia y continuaron bebiendo.

La muchacha fotógrafa era alta, esbelta, muy bonita, llevaba una ropa que podía considerarse incluso un poco descarada, de modo que destacaban sus bellas formas, pero a ellos no les importaban estas cuestiones ni poco ni mucho. No estaban allí precisamente para admirar ni a los cantantes ni a la preciosa muchacha fotógrafa.

Uno de ellos miró de nuevo su reloj de pulsera con gesto disimulado, y luego se volvió completamente para continuar mirando la atracción.

Faltaba poco menos de minuto y medio.

Cuando aquel minuto y medio transcurriese, todas las personas que estaban en el Golden Club se iban a llevar un buen susto.

No muy lejos de allí, en el salón de su lujoso apartamento en el Crystal Building de la Quinta Avenida, la señorita Brigitte Montfort decía en aquel momento:

—Estoy asustada, Frankie… Muy asustada.

Frank Minello, sentado en el sofá junto a ella, la miró vivamente con clara inquietud.

—¿Asustada, reina de mi vida? —exclamó—. ¿Por qué?

—Creo que deberías estar muerto —dijo ahora Brigitte.

Frank Minello, jefe de la Sección deportiva del *Morning News*, palideció, y se quedó mirando aterrado a su bellísima compañera de labores periodísticas, la mundialmente famosa Brigitte Montfort, Premio Pulitzer de Periodismo y encargada de la Sección Internacional del *Morning News*.

Sentados en sendos sillones, frente a Brigitte y Frankie, estaban Miky Grogan, director del mismo periódico; Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, y su ayudante, al que Brigitte llamaba siempre Simón-Floristería.

Los tres habían quedado no menos sobresaltados que Frank Minello.

¿Brigitte opinaba que Frank Minello debía estar muerto? Esto era tan increíble que el pasmo de los cuatro hombres estaba más que justificado. La dulce y cariñosa periodista Brigitte Montfort se convertía ocasionalmente en la peligrosísima y mortífera agente «*Baby*» de la CIA, y en estas ocasiones, todos los allí reunidos lo sabían, la vida y la muerte tenía unos valores muy relativos para ella. Se consideraba capaz de juzgar quién debía vivir y quién debía morir. Y si la maldad de una persona la hacía acreedora a la muerte, la agente *Baby*, por cierto, no vacilaba en enviarla al más allá.

Pero esto sucedía solamente cuando Brigitte Montfort estaba actuando como la secretísima agente *Baby*. Cuando era simplemente Brigitte Montfort todos sabían que era dulce y amable…, y sobre todo sabían que Frankie Minello era una de las personas a las que más amaba ella en el mundo.

Por fin, Minello, que con un esfuerzo fue el primero en reaccionar, tartamudeó:

—¿Dices… dices que… que yo debería… estar muerto?

—Eso he dicho, Frankie.

—Pe-pero… ¿Por qué? ¿Acaso me odias?

Ahora fue Brigitte la que se asombró y luego lanzó una de sus deliciosísimas carcajadas.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Claro que no he querido decir eso, Frankie, querido! Lo que he querido decir es que me sorprende que estés vivo. Deberías estar muerto después de la cena que has hecho. Has comido tanto, tanto y tanto, que deberías haber hecho ¡pummm!, y haber reventado como un globo.

—¡Aaaah! —Exclamó Minello súbitamente aliviado, como los otros tres hombres—. ¡Zambomba, me habías asustado, amor de mi vida! Creía que deseabas verme muerto.

—¡Santo Cielo! —Se aterró Brigitte—. ¡Claro que no, Frankie! Sabes muy bien que me gustaría que vivieses por lo menos quinientos años.

—¡Qué horror! —Farfulló Frankie—. Eso se te podría desear a ti, que aunque vivieses quinientos mil años seguirías siendo igual de joven y hermosa. Pero yo parecería una momia más seca que los sesos de Pitzer.

—¡Ya empezamos! —Farfulló Pitzer—. Estaba yo muy sorprendido que durante la cena y esta agradable sobremesa con unas cuantas copas de champaña, este pedazo de bruto no se hubiese metido conmigo.

—Lo he hecho por no molestar a Brigitte —aclaró rápidamente Minello—. Pero buenas ganas que tenía de meterme con usted, so buitre. Lo que pasa es que esta noche ha llenado su panza de ricos manjares en lugar de las carroñas que suele ir picoteando por su sucio y repugnante mundo del espionaje.

—¡No te metas con los espías! —Exclamó Brigitte—. Por favor, Frankie, déjanos tranquilos por lo menos esta noche.

—Además —intervino el simpático Simón-Floristería, guiñando un ojo a Brigitte—, aquí todos sabemos que usted siente muchísimo cariño por el señor Pitzer.

Minello se volvió hacia Simón-Floristería mirándolo con ojos desorbitados.

—¿Yo? —aulló—. ¿Que yo tengo cariño por semejante buitre comedor de carroña supermuerta? ¡Se ha vuelto usted loco, jovencito!

—Aquí el único chiflado eres tú —farfulló Miky Grogan—. Porque si no estás chiflado no comprendo por qué hace unos meses te jugaste el pellejo para salvar el de Pitzer.

—¿Yo hice eso? —bufó Frank Minello.

—Sí, señor —sonrió Brigitte—. Y voy a rogarte, Frankie, que no te metas con tío Charlie esta noche. Tengo la impresión de que después de la excelente cena que nos ha preparado Peggy…

—¿Cómo, Peggy? —Respingó Minello—. ¿Es que no la has preparado tú?

—¿Yo? —Se escandalizó Brigitte—. ¡Dios mío, qué más quisiera yo que saber preparar una cena tan suculenta como la que hemos disfrutada esta noche!

—¡Vaya desilusión! —Se desanimó Minello—. ¡Y yo que creía que esos ricos manjares los habías preparado con tus manitas de diosa celestial!

—No dices más que tonterías —volvió a refunfuñar Miky Grogan —. Todos sabemos muy bien que Brigitte tiene cosas que hacer más importantes y beneficiosas para la humanidad que saber preparar una cena como la de esta noche.

—Es usted muy amable, Miky —sonrió Brigitte—. Y le agradezco que todos me perdonen que les invite a cenar sin que sea yo quien prepare la cena. De todos modos, y como iba a decir, parece que tío Charlie no ha concedido demasiada importancia a eso y ha disfrutado de lo lindo, ¿no es así, tío Charlie?

Charles Alan Pitzer, cariñosamente llamado tío Charlie por la divina espía internacional, asintió reposadamente.

—Así es. Y espero que Minello no vaya a estropearme la digestión.

—¿Qué tal si tomásemos otra copa de champaña? —propuso Simón-Floristería.

—Buena idea —dijo Brigitte—. ¿Quiere ir usted mismo a la cocina a pedirle a Peggy que nos sirva otra, Simón?

—Con mucho gusto —asintió el ayudante de Pitzer poniéndose en pie.

Dio un par de pasos alejándose de su sillón, y en ese momento se apagó la luz.

Pero no solo la luz del salón o del apartamento de Brigitte, sino la luz, toda la luz, incluso el resplandor de la ciudad que solía reflejarse en el amplio ventanal de la terraza quedó oscurecido. Cierto que el apartamento de Brigitte estaba en el piso veintisiete, pero siempre llegaba hasta allí el intenso resplandor de la ciudad de Nueva York, sobre todo considerando que el Crystal Building estaba

en la Quinta Avenida.

Fue simplemente una oscuridad total.

Una oscuridad que afectaba a toda la ciudad de Nueva York.

—Pero… ¿qué pasa? —exclamó Grogan.

Dentro del Golden Club comenzaron a sonar grititos de sorpresa y de relativa alarma, e incluso algunas risitas divertidas cuando la luz se apagó.

Toda la luz de todas partes del local.

Durante unos segundos todavía se oyeron las voces de los cantantes que estaban actuando en la pista. Pero como sus instrumentos de cuerda eran eléctricos, dejaron de funcionar adecuadamente, emitiendo tan solo unos extraños sonidos, que fue lo que provocó alguna risita.

La reacción general fue permanecer quietos, quedando inmóviles donde estaban, convencidos de que aquello duraría apenas unos pocos segundos. Una simple avería momentánea que no tardaría en ser resuelta.

Pero mientras casi todos pensaban así y permanecían en sus sitios, tres hombres que durante dos minutos habían estado estudiando el terreno y los obstáculos que iban a encontrar a su paso, se estaban moviendo a toda velocidad.

Sin ningún fallo, salvo algún que otro pequeño golpe con la rodilla en alguna silla o en alguna pierna de algún cliente, los tres hombres convergieron en una de las mesas, precisamente aquella en la que se hallaba el matrimonio de raza negra.

Uno de los hombres tocó con las rodillas a su objetivo, y acto seguido sacó de un bolsillo de la chaqueta una bolsita de plástico herméticamente cerrada que rasgó, y sacó de su interior una pequeña esponja humedecida.

Justo en ese momento la sala del Golden Club se iluminó, pero no se trataba de que había vuelto la luz, de que la avería había sido reparada…

Simplemente apareció un lívido e intensísimo destello de luz que por una fracción de segundo iluminó todo el local.

Y en ese breve destello de luz, algunas personas pudieron contemplar la escena, tan sorprendente que nadie pudo reaccionar.

La escena consistía en que mientras dos hombres situados detrás de otro de raza negra que estaba sentado, lo sujetaban, otro hombre

le ponía la mano sobre la boca y la nariz. Casi simultáneamente, y coincidiendo con la última milésima de segundo del resplandor de la luz del *flash*, la mujer de raza negra emitía un grito y comenzaba a ponerse en pie.

Entonces brilló otra luz.

Tampoco era la luz del local. Ni era esta vez la luz de un *flash*.

Fue una luz de un tono anaranjado y breve. Y al mismo tiempo que resplandecía esta luz, se oía un apagado chasquido, un extraño «plop» al que siguió el alarido de mujer que hizo callar los comentarios que se hacían en diversas partes de la sala.

Se oyó un ruido de pies, un golpe, sonido de cristal y luego el estruendo de una de las mesas al caer al suelo, y más ruido de cristales rotos. Casi al mismo tiempo, otro impacto más macizo y más pesado contra el suelo.

Y los más cercanos a la mesa, petrificados por el asombro y un leve temor, oyeron perfectamente esta frase:

—La muchacha fotógrafo. ¡Ve a por ella!

Pero las cosas se habían complicado notablemente. Tras los primeros segundos de estupor, muchas personas que habían visto la escena a la luz del *flash* estaban comprendiendo ya lo que sucedía. Tres hombres intentaban llevarse a rastras al de raza negra. Y la mujer de este, que se había empezado a poner en pie gritando, posiblemente había recibido una bala disparada por un arma provista de silenciador.

Así pues, pasado ya el estupor y con el pleno convencimiento de que alguien allí disponía de una pistola con la que no vacilaba en disparar, la gente que llenaba el Golden Club reaccionó como suele reaccionar la gente asustada. Comenzaron todos a ponerse en pie, gritando alarmados y queriendo ser los primeros en escapar de todos los peligros que pudieran derivarse de aquella situación.

Esto, evidentemente, además del alboroto general que ocasionó, favoreció a la muchacha fotógrafa. El hombre que había recibido la indicación de ir a por ella, se encontró con una masa de gente que acudía hacia él, prácticamente arrollándolo. Consiguió de todos modos abrirse paso, empleando procedimientos brutales, expeditivos, y corrió derribando mesas y sillas hacia el último sitio dónde había destellado el *flash*.

Quizá solo para orientarse e intentar localizar a la muchacha,

alzó la pistola y disparó hacia el techo. En efecto, el breve destello anaranjado del fogonazo produjo una mínima iluminación, pero fue suficiente para que el hombre viese a la muchacha fotógrafo escabullándose hacia el fondo del local. Indudablemente, la chica había oído, en el anterior silencio, la misma indicación que el hombre, que se lanzó en su persecución tras desistir de disparar hacia allí, puesto que la muchacha, en aquel momento, desaparecía por la puerta del fondo.

El hombre llegó a trompicones a aquella misma puerta, la cruzó y sin más complicaciones comenzó a disparar hacia derecha e izquierda, iluminando el lugar con los fogonazos del arma. Lo que iluminó le hizo lanzar una terrible maldición. Tenía delante de él una pequeña sala, a la derecha un pasillo que se dirigía hacia la salida de emergencia del local, y hacia la izquierda otro que conducía a los camerinos y servicios interiores del Golden Club.

Y a todo esto, estaba ya pasando, casi terminando, el minuto más o menos que sabían que tardaría un empleado en poner en marcha el generador del club para producir luz en este.

Lanzando maldiciones, el hombre de la pistola dio media vuelta y recorrió el club en sentido inverso, alcanzando muy pronto a las personas que también, pese a la oscuridad, conseguían desplazarse buscando la salida. Salió con las últimas, las fue apartando, y corrió hacia donde sabía que otro compañero se había estacionado con el coche apenas se apagó la luz en toda Nueva York.

Pero no todo era oscuridad en Nueva York, pues los coches que circulaban por sus calles no solo tenían encendidas ahora las reglamentarias luces de posición, sino que habían encendido también los faros. Había iluminación más que suficiente para que, ya sin problema alguno, el hombre llegase hasta el coche que le estaba esperando y se sentase junto al conductor.

—¡Vámonos! —Gruñó.

—¿Has liquidado a la chica y has destruido la película? —Le llegó la voz desde atrás.

El interrogado volvió la cabeza hacia el asiento trasero, en el que iban sus dos compañeros y, entre ellos, dormido por el narcótico, el hombre de raza negra.

—No —masculló—. Necesitaba mucho más tiempo de un minuto para alcanzarla. ¡Qué se vaya al demonio! No le va a servir de nada

esa fotografía.

—A ella no —replicó uno de los de atrás—. Pero quizás alguien pueda sacarle provecho.

—No pretenderás que me meta ahora ahí dentro para buscar a esa muchacha, ¿verdad? —gritó el otro.

—Calmaros —dijo el que hasta entonces no había hablado—. Larguémonos de aquí a toda prisa, y ya decidirá Wolf lo que debe hacerse.

—Además —dijo el del volante, que ya circulaba por la avenida —, lo importante lo hemos conseguido. Esperemos que también lo hayan conseguido todos los demás.

—Seguro que sí. Todo estaba muy bien preparado, y cuando vuelva la luz todos se preguntarán qué ha pasado.

—Pero… ¿qué pasa? —exclamó Brigitte Montfort.

—¡Qué va a pasar! —Se oyó en la oscuridad el gruñido de Miky Grogan—. En esta maldita ciudad todas las instalaciones que la abastecen de luz están hechas un asco. Otra vez tenemos un apagón. Desde luego, si llego a tiempo a la edición de mañana voy a poner un pequeño artículo contra el alcalde que se va a morir del disgusto.

—Bueno —se oyó la voz de Pitzer—, no hay que tomárselo así. En todas partes…

—¡Frankie! —Se oyó el grito de Brigitte—. ¡Quítame las manos de encima inmediatamente!

—¿Yo? —Se oyó la protesta de Minello—. ¿De qué estás hablando?

—¡Te digo que me quites las manos de encima!

—¡Pero si no estoy haciendo nada!

—¡Ya lo creo que estás haciendo, sinvergüenza! ¡Quítame la mano del pecho o…!

—¡Pero si te digo que yo no hago nada! Si alguien te está tocando los pechos tiene que ser el buitre carroñero, que ha aprovechado la oportunidad.

—¡Vas a conseguir que me enfade, Frankie!

La voz de Frankie, tras un par de segundos de ausencia, sonó ahora un poco alejada de donde brotaba la voz de Brigitte.

—Pero ¿cómo voy yo a tocarte nada si estoy lejos de ti, reina mía?

—¡Sinvergüenza! ¡Ya sabes que no me gustan estas cosas!

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No, si todavía querrá convencernos este bruto de que he sido yo quien ha manoseado a Brigitte —se oyó el gruñido de Pitzer—. Desde luego, tiene muy poco sentido de la oportunidad, Minello… Y de la decencia.

—Oiga, un momento. ¿Acaso cree usted que yo me aprovecharía de este modo con Brigitte solo porque se hubiese apagado la luz?

—¡Claro que lo creo! —Sonó la voz de Pitzer.

—¡Y yo también lo creo! —Gruñó Grogan—. Así que quédate ahí dónde estás y no te acerques a Brigitte. Ya hablaremos luego de esto.

—Me parece que no —se oyó la voz de Brigitte—. Prefiero olvidarlo, pero si vuelves a acercarte a mí, Frankie, te voy a estrellar contra la pared proyectándote con un *uchi mata*. ¿Lo has entendido?

—Mujer —protestó quejumbrosamente Minello—… La verdad es que solo quería abrazarte por si tenías miedo a la oscuridad.

—¡Pues vaya un modo de abrazarme, caradura!

—Mi intención era buena.

—Permanece donde estés. Recuerda lo que te he dicho del *uchi mata*.

—Pero sí solo quiera protegerte. Eres tan niña que…

Una luz comenzó a moverse en alguna parte, acercándose, y casi enseguida apareció Peggy llevando una linterna que depositó sobre la mesita donde estaban servidas las copas de champaña.

La luz se esparció por el salón, y reveló a Minello de pie y alejado del sofá. A esa luz, Brigitte le dirigió una fulminante mirada.

—Como castigo vas a quedarte ahí de pie. No vuelvas a sentarte a mi lado. ¿Está claro?

—¡Zambomba! —Protestó Minello—. ¡Ya te he dicho que solo quería protegerte con mis fuertes brazos!

—Desde luego —masculló Grogan—, eres todo un cínico, Frank.

—¿Qué habrá pasado? —dijo Pitzer frunciendo el ceño—. Parece que las averías eléctricas se están cebando en la ciudad de Nueva York.

—Desde luego, el alcalde se va a enterar mañana de lo que

opinamos de él los ciudadanos cuando lea el *Morning News* —insistió Miky Grogan—. Lo voy a dejar para el arrastre. Si tiene un mínimo de vergüenza se las arreglará para que esto no vuelva a suceder por lo menos en todo un siglo.

—Esperemos que este apagón no dure demasiado —dijo Brigitte—… La última vez fue verdaderamente terrible.

—¡Ah, sí! —dijo Minello—. Hubo robos, asesinatos, violaciones, toda clase de desmanes… Desde luego, cada día pienso que es más peligroso vivir en Nueva York. ¿Por qué no nos compramos una casita en el campo y nos vamos a vivir juntos, Brigitte?

—Pues no es ninguna mala idea —rio la divina.

—¡¿Qué?! —vociferó Minello—. ¡Voy a comprarme ahora mismo una casita en el campo para…!

—¡Calma, calma! Lo que he querido decir es que no es ninguna mala idea irse a vivir al campo. Pero no contigo, Frankie.

—¿Por qué? ¿Qué tengo yo de malo?

—Que eres un pazguato, tonto y pesado —farfulló Grogan—. Y no hace falta ser tan inteligente como Brigitte para darse cuenta de ello. ¿Por qué no cierras de una maldita vez tu bocota de rana croadora?

—Apoyo la moción —dijo Pitzer—. Entre usted y el apagón todavía van a fastidiarnos esta agradable velada, Minello.

—¿Traigo más luz, señorita? —preguntó Peggy, la rubita y fiel ama de llaves de la espía internacional.

—No, no, no hace falta. Voy a echar un vistazo desde la terraza.

—¡Yo también! —exclamó Minello.

—Aceptado —lo miró Brigitte—… Pero con las manos en los bolsillos, Frankie.

Ya sin bromas, salieron los cinco a la grandiosa terraza del apartamento de Brigitte, que a la derecha tenía la pequeña piscina con la zona para tomar el sol; cuando hubiese sol, porque estaba ya cercana la primavera y no parecía que el tiempo fuese a mejorar en Nueva York.

Peggy se unió al grupo casi enseguida, y, como los demás, se asomó hacia la Quinta Avenida.

Abajo todo estaba lleno de luces de coches y se oía el sonar de los cláxones. Por todas partes faros de coches, sonido de cláxones, y comenzaban a encenderse ya algunas luces de anuncios, cuyos

propietarios habían aprendido ya la lección de otras veces y disponían de generadores propios. En las ventanas de muchos edificios se veían también luces, algunas moviéndose de un sitio a otro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simón-Floristería—. Esto puede alargarse aún algunas horas y no vamos a pasar aquí toda la noche.

—¿Por qué no? —Saltó Minello—. Yo la pasaría aquí con…

—No sigas, Frankie, por favor. En cuanto a esta avería, me reafirmo en la petición que cursé a la sociedad propietaria del Crystal Building. Voy a volver a insistir para que de una vez por todas nos coloquen un generador propio en los sótanos. Porque realmente, si ustedes se fuesen ahora mismo, tendrían que bajar a pie nada menos que veintisiete pisos.

—Yo puedo ahorrarle esa gran molestia a Pitzer —dijo Minello —. Se los haría bajar todos rodando por los escalones de un puntapié en el trasero.

Charles Alan Pitzer le dirigió una furiosa mirada, y eso fue todo. Tras cambiar unos cuantos comentarios más en la terraza, volvieron todos adentro. Peggy cerró las cristaleras, sirvió la última botella de champán y mientras la consumían estuvieron conversando sobre los apagones anteriores de Nueva York, sus consecuencias, y las que podría tener el actual. También se propusieron soluciones, se hicieron sugerencias… En fin, una conversación normal y tranquila adecuada a las circunstancias, y en la que Frank Minello intervino incluso con inteligencia. Cosa que no sorprendió en absoluto a Brigitte Montfort, pues sabía que lo último que podría decirse de Frank Minello es que fuese tonto.

Por fin, cerca de la una de la madrugada, la avería fue reparada y la luz regresó a todos los hogares y locales de la ciudad de Nueva York. Dos minutos más tarde, los invitados de la señorita Montfort se despedían y descendían en uno de los veloces ascensores.

Eran casi las dos de la madrugada cuando, finalmente, la señorita Montfort se acostaba, y como era habitual en ella quedaba a los pocos segundos profundamente dormida.

Capítulo II

El teléfono sonó.

Brigitte Montfort abrió los ojos, giró en la cama sin sobresalto alguno, y descolgó el auricular del aparato que tenía sobre la mesita de noche.

—¿Sí?

—…

—Ah, tío Charlie, es usted. ¿Qué ocurre?

—…

Brigitte se sentó de un salto en la cama.

—¿Qué dice usted? —exclamó.

—…

—Pero… ¿Cómo es posible?

—…

—Ah, durante el apagón, Entiendo, y supongo que podemos tener el convencimiento, dadas las circunstancias, de que fue provocado.

—…

—Está bien, está bien. ¿Quiere que nos reunamos para intentar poner un poco de orden en esto?

—…

—Muy bien. De acuerdo. Estaré en el portal dentro de diez minutos. ¿Puede estar usted en este tiempo abajo, tío Charlie?

—…

—Pues hasta ahora mismo.

Brigitte colgó el auricular del teléfono, encendió la luz y saltó de la cama, En menos de cinco minutos estuvo vestida. Y todavía no habían transcurrido los diez minutos concertados con Charles Pitzer, cuando la espía internacional estaba ya en el vestíbulo del Crystal Building. Un par de minutos más tarde apareció un coche que se detuvo frente al edificio, y Brigitte salió de este, cerró la

puerta de cristal y segundos más tarde se sentaba en el asiento de atrás del coche, junto a Charles Alan Pitzer. Al volante estaba Simón-Floristería, que vuelta la cabeza hacia Brigitte exclamó:

—¡Por supuesto que todo esto ha sido preparado y muy bien preparado!

—Creo que será mejor que nos calmemos todos, Simón. Si tenemos que ir a algún sitio, empiece a conducir. ¿Tiene usted alguna pista o información importante, tío Chales?

—Eso creemos —asintió Pitzer.

—¿De veras? —exclamó Brigitte, sorprendida—. Bueno, había preguntado por preguntar, ya que todo ha sido tan rápido que… Bueno, ¿qué pista o información es esa?

—Tenemos una fotografía de uno de los secuestradores.

—¿Está bromeando? —Se pasmó de nuevo Brigitte.

—De ninguna manera. Hasta el momento, que sepamos, la lista de embajadores y cónsules de diversos países residentes en Nueva York, secuestrados, asciende a diecisiete. Me he permitido escribir rápidamente esta lista a mano para usted. Espero que la entienda.

Brigitte tomó el papel que le tendía Pitzer y leyó rápidamente los nombres. En efecto, diecisiete nombres, junto a cada uno de los cuales estaba su cargo diplomático y el país que representaba.

Diecisiete personas que habían sido secuestradas en Nueva York durante el apagón de hacía pocas horas. Tan pocas, que todavía era de noche en Manhattan.

—¡Esto es fantástico! —exclamó la espía—. Y por supuesto, ha tenido que estar organizado muy bien y con tiempo suficiente. No es tan fácil secuestrar a diecisiete diplomáticos simultáneamente, tío Charlie.

—Por supuesto que no. Por eso me ha parecido que debía llamarla a usted. Para mí, esto es evidentemente una acción del más alto espionaje. Si solamente hubiesen secuestrado a uno, podríamos pensar que se trataba de una acción aislada, con vistas a una venganza, una acción política, o simplemente una petición de rescate. Pero diecisiete diplomáticos extranjeros secuestrados simultáneamente, creo yo que es bastante revelador. Lo bastante revelador como para que me haya permitido llamar antes del amanecer a la agente *Baby*.

—Oh, no se preocupe por eso. Estoy completamente despierta, y

desde luego interesadísima en ese asunto. Dígame tío Charlie: ¿por qué hay una señal junto al nombre de diplomático llamado Namo Terokero, de Numbia?

—Porque precisamente tenemos la fotografía de su secuestro.

—Bien… ¿Dónde está?

—No la tenemos nosotros. Uno de nuestros hombres me avisó de que la tiene la policía.

—¿La policía? ¿Cómo ha sido eso?

—Bueno… Verá lo que ha ocurrido, según el precipitado informe de nuestro compañero. Este Embajador de Numbia, Namo Terokero, estaba con su esposa pasando un rato agradable en el Golden Club. Allí, en el Golden Club, hay una chica fotógrafa, de esas que se dedican a hacer fotografías a los clientes…

—Sí, sí, ya sé. Hay muchas chicas como esa en casi todos los clubes.

—Bien, esa muchacha, llamada Dulce Welby, estaba en el Golden Club tomando fotografías. Y a los pocos segundos de apagarse la luz, tuvo la idea de tomar una fotografía del local a oscuras. Parece ser que pretendía conseguir una foto divertida e interesante, de la que esperaba vender muchas copias a los allí presentes y posiblemente también a algún periódico en exclusiva. Bueno, ya sabe, una de esas curiosidades que a veces resultan interesantes y simpáticas.

—Sí, sí. De modo que la chica llamada Dulce Welby tomó esa fotografía. Y luego se fue a la policía con ella. ¿Por qué?

—Bueno, la chica, al resplandor del *flash* pudo ver lo que ocurría, y además, después de tomar la fotografía, oyó a uno de los hombres que encargaba a otro que fuera a por ella. Así que huyó aprovechando la oscuridad. La muchacha conoce muy bien el Golden Club, claro está, y además el hombre parece que desistió muy pronto de perseguirla. Indudablemente, ese hombre sabía que el Golden Club dispone de generador propio y que no tardaría mucho en hacerse la luz en el local. Así que optó por la huida dejando en paz a la muchacha. Y esta, que sabía muy bien lo que había visto, se fue inmediatamente a la Policía, dónde ha sido revelada la fotografía. Por cierto, no le he dicho que la chica está terriblemente asustada. Y tiene motivos.

—¿Por qué?

—Bueno, sabe que esos hombres no se andan con tonterías. La esposa de Namo Terokero fue asesinada de un balazo en el pecho, al parecer cuando se dio cuenta de lo que ocurría al resplandor del *flash*. Y luego, el hombre que persiguió brevemente a la señorita Welby todavía disparó unas cuantas veces más. Ocasionó un pánico tremendo.

—Ya. ¿Y qué pasó con ese hombre?

—Eran tres. Y algunas personas de las que salieron del club aseguran que se fueron en un coche que los estaba esperando… Naturalmente llevándose al embajador de Numbia, Namo Terokero.

—Supongo que con vida.

—Creemos que sí, casi diría que no hay duda al respecto. La muchacha asegura que vio cómo dos hombres lo sujetaban y otro le ponía una mano en la boca. No creo que nos equivoquemos mucho si decimos que lo estaban cloroformizando.

—Seguramente —asintió Brigitte—. Bien, ¿qué es lo que podemos hacer nosotros, si tanto la señorita Welby como su interesante fotografía están en manos de la policía?

—Bueno —gruño Charles Alan Pitzer—… La policía no es precisamente el organismo más importante del país. Hemos arreglado las cosas de modo que tanto la muchacha como su fotografía van a ser… digamos traspasadas a la CIA.

—La todopoderosa CIA —murmuró Brigitte—. ¿Cuándo sabremos si podemos disponer o no de la chica y de la foto?

—Estamos ahora camino de una de nuestras oficinas discretas. Si todo va bien, cuando lleguemos allí ya estarán esperándonos la muchacha y su fotografía.

En efecto, la todopoderosa CIA había conseguido su objetivo. Por supuesto, con gran disgusto de la policía, pero esta nada había podido hacer para retener a la muchacha, considerando la enorme presión que recibió desde diversos organismos y puestos de mando por encima de la propia policía de la ciudad de Nueva York.

Así pues, cuando Pitzer, su ayudante y la agente *Baby* llegaron a la muy modesta y discreta oficina en un edificio de cuatro pisos en Brooklyn, la muchacha ya estaba allí.

La muchacha y la fotografía, por supuesto.

En la oficina, que aparentemente correspondía a un pequeño

comerciante en artículos electrodomésticos, cuyo local estaba inmediatamente debajo, había cuatro agentes de la CIA, además del que en su vida visible era dicho comerciante. Pero también había otros dos que estaban con la muchacha en un pequeño cuarto, custodiándola y conversando con ella.

Sin embargo, la fotografía estaba en manos de los que esperaban a su jefe de Sector y nada más y nada menos que a la agente *Baby*. Esta tuvo en sus manos la fotografía apenas hubo puesto los pies en la oficina.

Junto a ella, uno a cada lado, Pitzer y Simón-Floristería la examinaron al mismo tiempo.

Era en verdad una interesantísima y oportunísima fotografía.

En ella se veía a dos hombres sujetando a Namo Terokero, mientras otro, efectivamente, le ponía la mano sobre la boca y la nariz, evidentemente sujetando algo que contenía cloroformo o cualquier otro tipo de narcótico. Junto a la mesa, incorporándose, se veía una bella mujer negra de edad mediana.

Eso era todo. Todo pero suficiente, porque de los tres hombres que estaban llevando a cabo el secuestro del embajador de Numbia, Namo Terokero, dos de ellos, los que lo sujetaban, eran perfectamente identificables. Sus rastros se veían con toda claridad, teniendo en cuenta las condiciones de la fotografía y la distancia.

—No está mal —murmuró *Baby*—. Supongo que nuestros expertos en fotografías podrán conseguir unas más que aceptables ampliaciones de los rostros de estos dos hombres.

—Claro que sí —asintió inmediatamente Simón-Floristería—. Y podemos hacerlo inmediatamente.

—Pues que lo hagan —aprobó *Baby*—. ¿Qué dice la muchacha?

—Hasta ahora no ha dicho nada que no hubiésemos comunicado ya al señor Pitzer —dijo uno de los agentes de la CIA—. Dos de los nuestros están con ella, pero me parece que no va a decir nada nuevo. Ella tomó la foto, vio esto que aparece en la foto, y luego sabe que la persiguieron y le dispararon unos cuantos tiros. Eso es todo. Desde luego, está muy asustada.

—Pues hay que tranquilizarla —sonrió Brigitte—. Asegúrenle que está en buenas manos. Y por supuesto, así tiene que ser. Llévenla cuando sea el momento a un lugar en el que se halle a salvo y bien protegida mientras dure todo este asunto.

—De acuerdo —asintió Pitzer—. ¿No sería conveniente que hablásemos con ella?

—Si usted quiere hacerlo, hágalo, tío Charlie, naturalmente —dijo Brigitte—. Pero yo creo que no vale la pena darme a conocer a esa muchacha, puesto que no va a decirme nada diferente de lo que ya sé.

—De acuerdo —asintió Pitzer, y miró a su ayudante—. Encárguese de que hagan esas ampliaciones y unos cuantos centenares de copias de cada uno de esos individuos.

—Sí, señor —asintió Simón-Floristería—. ¿Hago una llamada general por la radio a fin de movilizar a todo el personal?

—Sería conveniente —asintió Pitzer—. En cuanto tengamos esas copias, todos los agentes disponibles y los que estén dedicados a cosas de simple rutina van a dedicarse a buscar a esos dos sujetos. ¡Vamos a encontrarlos aunque se hayan escondido bajo tierra!

—Quizás eso no sea tan fácil, tío Charlie —murmuró Brigitte.

Todos los agentes de la CIA, todos los Simones, como los llamaba Brigitte, se quedaron mirando expectantes a esta. Es decir, sus ojos veían a *Baby*, la reina mundial del espionaje, la espía que jamás había fracasado.

—Algo habrá que hacer —murmuró a su vez Pitzer.

—Sí, pero creo que sería conveniente pensar otro sistema más cómodo que movilizar a todos los hombres de la CIA en el Sector New York.

—Bueno, los que estén haciendo cosas realmente importantes seguirán su…

—No, no, lo que pienso es que se podría enfocar la búsqueda de esos hombres de otra manera. ¿Podría ver yo a la señorita Welby sin que ella me viese a mí?

—Sí —dijo el agente de la CIA instalado en aquella oficina—… Hay una trampilla de cristal sobre una puerta que da a otra habitación. Si nos subimos a una silla podemos mirar dentro de la habitación lo suficiente para que usted le eche un vistazo a esa chica. ¿Por qué?

—Simplemente, quiero verla —sonrió *Baby*—. Luego ya veré si mi idea puede llevarse a la práctica o no.

Hubo un cambio de miradas entre los hombres de la CIA. Por fin, el Simón que ocupaba la oficina, hizo una seña a *Baby*, y los

dos salieron del vestíbulo y sala de espera. Recorrieron un pasillo seguidos por los demás, luego otro más corto, y una vez conseguida una silla, *Baby* se subió a esta de modo que su cabeza quedó casi al nivel de la trampilla de cristal que había encima de una puerta. Tuvo que ponerse sobre las puntas de los pies, y eso fue suficiente. Dentro del pequeño cuarto que parecía de descanso vio a los dos agentes de la CIA conversando con una muchacha.

Un vistazo fue suficiente para Brigitte Montfort.

Bajó de la silla, sonrió y preguntó, dirigiendo una rápida y sonriente mirada circular:

—¿Qué opinan de la señorita Welby? ¿Es bonita?

Tras un nuevo cambio de miradas, esta vez de desconcierto, entre los hombres de la CIA, Simón-Floristería que era el que mejor conocía a *Baby*, pues no en vano era el que más asiduamente la trataba, sonrió a su vez y dijo:

—Yo diría que es bastante bonita, pero usted lo es más.

—Muchas gracias, Simón. Pero quizá yo podría arreglármelas para parecer un poco menos bonita.

—No comprendo.

—Creo que yo sí comprendo —murmuró Pitzer, que todavía hacía muchísimo más tiempo que conocía a Brigitte—… Está usted pensando en convertirse en la señorita Dulce Welby.

—Exactamente —asintió *Baby*—. ¿Se dan cuenta? Están ustedes en manos de un jefe de Sector sumamente inteligente.

Hubo sonrisas, pero todas las miradas estaban fijas, expectantes, en Brigitte.

—Me parece —dijo uno de los simones— que la señorita Welby es un poco más baja que usted.

—Eso no tiene la menor importancia. Esa chica tiene los ojos color café, es pelirroja, quizás un poco más llenita que yo, y efectivamente un poco más baja. Pero todo eso no tiene importancia. En primer lugar, yo puedo colocarme unas lentillas color café, con lo que mis ojos pueden parecerse más o menos a los de ella. Lo de teñirme el cabello y parecer una pelirroja todavía es un problema mucho más fácil de resolver. Y con una vestimenta adecuada, nuestras corpulencias pueden ser similares… Y a todo esto no deben ustedes olvidar, caballeros, que la señorita Welby no fue vista, digamos, con mucho detenimiento por esos tres hombres.

—Bueno… Ella lleva una ropa de trabajo de lo más interesante —sonrió otro Simón—… De modo que si la vieron fue enseñando bastante su figura, y además en unas circunstancias que podrían ser convenientes para lo que usted se propone.

—Eso es lo que estoy pensando. De modo que antes de movilizar a los Simones de todo el sector New York, vamos a ver si conseguimos levantar la caza de otra manera.

—¿Qué se le ha ocurrido? —sonrió hurañamente Pitzer.

—Pues en primer lugar siento mucho que los periódicos de la mañana estén impresos y ya en la calle. Pero creo que todavía llegaremos con tiempo sobrado a los de la tarde.

—¿Qué tienen que ver los periódicos con esto? —preguntó otro de los Simones.

—Mucho, Simón —le miró la agente *Baby*—. Porque en todos los periódicos vespertinos de Nueva York aparecerá esta tarde un anuncio muy interesante.

El anuncio decía:

> VENDO FOTOGRAFÍA NOCTURNA DE GOLDEN CLUB A PROPIOS INTERESADOS. SI LOS TRES CABALLEROS SON GENEROSOS, LLAMEN A DULCE AL N.° BX 396649 A LAS SEIS EN PUNTO.

Era un anuncio que podía parecer confuso, y que posiblemente lo era en realidad. Menos para los tres caballeros interesados en el asunto. Es decir, los tres hombres que la noche anterior habían secuestrado al embajador Namo Terokero en el Golden Club.

Sentada en un banco y con un periódico en las manos, la bella muchacha pelirroja de ojos color café y vestida con discreta elegancia y ropas no demasiado caras, echaba un vistazo al periódico precisamente a ese anuncio. Una vez leído sonrió y fue pasando las páginas echando displicentes vistazos al resto del contenido del periódico. De cuando en cuando su amable mirada se elevaba para echar un vistazo a su alrededor. Nada importante. Nada que resultase importante o peculiar para una neoyorquina de pura cepa.

Lo que sí le pareció importante poco después a la bella pelirroja, fue su relojito de pulsera, porque comenzó a mirarlo con cierta

frecuencia.

Por fin, cuando en su relojito la hora señalada eran las seis menos un minuto de la tarde, la pelirroja plegó cuidadosamente el periódico, recogió su maletín rojo con florecillas azules estampadas y se puso en pie. Caminando sin prisas, con gracia y elegancia, se dirigió hacia la cercana y aislada cabina telefónica. Se metió dentro, cerró la puerta hermética y colocó su maletín sobre el tablero de apuntes, como dispuesta a buscar en su interior algo.

Y eso es lo que estaba haciendo con gran parsimonia cuando el teléfono público que correspondía al n.º BX 396649 sonó.

La pelirroja cerró el maletín, sonrió, y se quedó mirando el teléfono, Sonó otra vez, otra vez. Entonces, la pelirroja lo descolgó.

—¿Sí?

—¿…?

—En efecto. Yo soy Dulce.

—…

—Naturalmente que he sido yo misma quien ha puesto ese anuncio en los periódicos. ¿Quién había de ser, si no?

—…

—Ah, no —negó la pelirroja—. Nada de policía, señor. Estuve a punto de ir con la fotografía a la policía, es cierto, pero lo pensé mejor y me pareció que podía obtener mayores beneficios negociándola por otro lado.

—…

—Pues no sé si soy muy lista. Pero nunca he tenido motivos para considerarme tonta.

—…

—Usted puede creer lo que quiera, pero mis intenciones son buenas…, siempre y cuando el premio a recibir sea lo bastante interesante para mí.

—…

—Podemos hablar de la cantidad, si usted quiere. Pero le aseguro que si están ustedes preparando algo perjudicial para mí, les van a salir muy mal las cosas.

—…

—Quiero decir que espero que no se sorprenda demasiado si le digo que he tomado todas las precauciones para que este asunto me reporte solamente beneficios. Unos interesantes beneficios con los

que desapareceré de Nueva York, y tengan por seguro que seré la primera interesada en no tener ninguna clase de relación posterior con ustedes ni con este asunto.

—…

—¿Una cita? Por mi parte no hay inconveniente, siempre y cuando se hagan las cosas a mi manera.

—…

—Es muy simple. Quiero tener la seguridad de que ustedes no van a hacer conmigo lo que hicieron con la esposa de ese diplomático de Numbia llamado Namo Terokero. Es que yo también leo los periódicos, ¿sabe usted?

—…

—En efecto. Sigo siendo lista. Muchas gracias. Pero, como le digo, leo los periódicos, y he podido enterarme de este modo de que el señor Terokero, diplomático, no ha sido el único en desaparecer. No sé si usted me entiende, señor.

—…

—Ya le digo que estoy dispuesta a conversar con ustedes personalmente, frente a frente, si se hacen las cosas como yo quiero.

—…

—Es muy sencillo. Escuche atentamente…

Durante un minuto, la bella pelirroja estuvo dando por teléfono las instrucciones para que las cosas se hicieran a su manera.

Su interlocutor aceptó, el acuerdo fue definitivo, sin que todavía se hubiese mencionado cantidad alguna, y finalmente la pelirroja colgó el teléfono y abandonó la cabina.

No muy lejos de allí, el hombre que había estado hablando por teléfono colgó el auricular de este, abandonó la cabina, cruzó la acera y se metió en el coche estacionado en doble fila que le aguardaba.

—Vámonos, Downer —dijo.

Downer asintió, dio el encendido y puso el coche en marcha. Sentado junto a él, otro hombre se había vuelto para mirar al asiento de atrás, donde el sujeto que había estado telefoneando se había sentado junto a otro.

—¿Y bien, Blohm? —preguntó.

—No me gusta esa chica —movió la cabeza el interlocutor de la pelirroja—… Es demasiado lista.

—¿Demasiado lista? —preguntó el que estaba al lado de Blohm en el asiento de atrás—. ¿Qué quieres decir?

—No sé, Steiner. Es demasiado lista y decidida para ser una simple chica que se dedica a tomar fotografías en un club nocturno.

—Explícate bien.

—Por supuesto, quiere dinero —concretó Blohm—. Pero no hemos concretado cuánto. Tenemos que pasar ahora a recogerla con el coche y luego salir de la ciudad con ella por la carretera Nacional 22 en dirección a White Plains. Al parecer, ella quiere que la dejemos en determinado lugar, donde se trasladará por sus propios medios, al parecer en autoestop, alejándose de nosotros. Y una vez esté lejos de nosotros, parece ser que tomará otro coche o lo que demonios quiera, para dirigirse a un motel.

—¿Un motel? —refunfuñó Kurtz.

—Claro —lo miró Blohm—. Ya te he dicho que es lista. Por eso no la hemos encontrado en su apartamento. No es que en el Golden Club nos diesen el nombre y la dirección de esa muchacha equivocados, no…, es que ella comprendió que la íbamos a buscar y decidió ocultarse. Así que se instaló en un motel, puso el anuncio en los periódicos y ha estado esperando nuestra llamada. Estaba segura de que la íbamos a llamar.

—Sí que es lista —murmuró Steiner—… Pero conozco a muchos listos que les han llenado los sesos de plomo, Blohm.

—Sí, yo también, y quizá podamos hacer lo mismo con esa chica. Pero ella dice que ha tomado todas las precauciones para que a nosotros no nos convenga intentar nada que pueda perjudicarla.

—¿Qué precauciones?

—No lo sé. Creo que lo mejor es que vayamos a recogerla y charlemos con ella. Dirígete hacia el Bronx, Downer.

—A Downer no pudo verlo —dijo Steiner—. De modo que sería conveniente que saliese del coche cuando le vaya bien, y fuésemos nosotros tres solos a la cita.

—Sí —movió la cabeza Blohm—. Ya lo había pensado. Downer dejará el volante a Kurtz cuando estemos cerca del lugar de la cita y se irá, evitando así que también a él lo conozca esa chica. ¡Demonio de muchacha!

—Tranquilo —sonrió fríamente Steiner—. Ya veremos si es tan descarada y decidida cuando esté en el coche con nosotros.

Capítulo III

Blohm se inclinó hacia adelante en el asiento y tocó en un hombro a Kurtz, que conducía ahora después de haberse apeado Downer.

—¡Mírala! —señaló—. Está ahí.

Kurtz miró hacia el lugar indicado, y asintió. En efecto, allí estaba, de pie junto al bordillo, la muchacha pelirroja. Estuvo contemplándola unos segundos con el ceño fruncido y, de pronto, sonrió.

—Me gustaba más como iba vestida anoche.

—Sí —sonrió fríamente Steiner—. Estaba muy apetitosa. Pero así también se la ve muy agradable. De todos modos, esa chica quizá tenga ciertas dificultades con nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blohm.

—Que si después de conversar con ella no nos parece tan lista como tú temes, nos la vamos a llevar a cualquier parte, la vamos a gozar a nuestro gusto y luego tendré el especial placer de cortarle personalmente el cuello.

—Pues no es mala idea —sonrió Blohm—. Pero creo que será mejor que antes hablemos con ella.

El coche se detuvo, Blohm se inclinó hacia la derecha, abrió la puerta trasera de este lado y, sin vacilar, la muchacha pelirroja que había estado esperando de pie en el bordillo se coló en el coche, quedando sentada junto a Blohm, que quedó en el centro, entre la muchacha y Steiner.

Kurtz se volvió a mirarla, le sonrió con una expresión lasciva mirándole el escote y los prominentes pechos, y luego, sin comentario alguno, reanudó la marcha.

—A este no le conocía —dijo sonriente la muchacha—… En la fotografía está de espaldas.

Kurtz lanzó un respingo y la miró por el retrovisor. Por su parte, Steiner y Blohm la miraban directamente, vueltas las cabezas hacia

ella.

—¿Ha traído la fotografía? —Gruñó Blohm.

—Por supuesto.

La pelirroja abrió su gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas y sacó un sobre que tendió a Blohm. Este lo abrió y sacó unas cuantas fotografías, que fue pasando lentamente. Junto a él, Steiner las iba viendo al mismo tiempo.

No solo estaba la fotografía central ampliada, sino que había también ampliaciones de su propio rostro y del de Blohm. En cuanto a las anteriores palabras de la pelirroja, quedaban claramente explicadas, puesto que en la fotografía Kurtz aparecía de espaldas, con las manos sobre la boca de Namo Terokero.

Por lo tanto, ni se veía su rostro allí, ni, claro está, la pelirroja había podido hacer ampliación alguna.

—Está bien —masculló Blohm—. ¿Y el negativo?

—No lo traigo, naturalmente —sonrió ella—. El negativo está dentro de un sobre dirigido a la policía, y que determinada persona llevará personalmente si yo no la llamo dentro de una hora lo más tarde, para decirle que todo va bien y que voy a regresar.

—¡Ya! —dijo Steiner—… El viejo truco de guardarse las espaldas.

Dulce Welby le miró sonriente y acabó lanzando una deliciosa carcajada.

—¡De algo ha de servirle a una ver los telefilmes, amigo mío! —exclamó.

—Ya, ya. Muy interesante… Y muy inteligente por su parte, aunque el truco sea de lo más sobado. Está bien. ¿Cuánto quiere usted por el negativo y por todas las copias que haya hecho?

—Cien mil dólares.

Los tres hombres respingaron a la vez, incluso dando Kurtz tal salto que por un instante brevísimo perdió el control del coche. La miró de nuevo por el retrovisor, mientras los estupefactos Blohm y Steiner seguían mirándola directamente.

—¿Está loca? —Masculló por fin Steiner—. ¡Cien mil dólares!

—A simple vista parece mucho dinero, en efecto —sonrió Dulce Welby—. Pero puedo darles a ustedes una explicación que estoy segura les convencerá.

—Lo dudo mucho, pero no perdemos nada escuchándola —

farfulló Blohm.

—Verá usted cómo estén las cosas, amigo. Hace ya bastantes años que me vine a Nueva York en busca de fama y fortuna. No he conseguido de ninguna manera la fama, pues ya saben ustedes que soy una simple fotógrafa de un club nocturno, que además tiene que aceptar todas las noches todo un montón de proposiciones obscenas. No es que eso me importe, pero después de haber aceptado bastantes veces esas proposiciones y haberme acostado con tipos que a veces me resultaban bastante desagradables, todavía no soy rica. Es decir, que ni me he convertido en millonaria haciendo lo que la gente dice el amor, con cuatro guarros, ni tampoco he conseguido la fama y el dinero haciendo fotografías… ¿Me siguen ustedes?

—Sí.

—Bien… Pues después de tantos años en esta situación he llegado a la conclusión de que lo que no ha sucedido hasta ahora no va a sucederme ya en adelante. Ni seré una famosa fotógrafa, ni encontraré un príncipe azul que me convierta en la reina de Nueva York…, ni nada de todo eso. Así que hace ya tiempo que estaba esperando una oportunidad de… acomodarme en la vida fuese como fuese. Y esa oportunidad ha llegado.

—Eso es lo que usted cree. Se está metiendo en un buen lío, preciosa.

—Quizá, pero puede que valga la pena. Con cien mil dólares puedo largarme a cualquier rincón del mundo donde no les moleste a ustedes ni ustedes a mí en lo sucesivo, y dedicarme a vivir no como una reina, que es el sueño de mi vida, pero sí como una persona que ya no va a tener nunca más preocupaciones ni trabajos nocturnos, ni sujetos asquerosos montados sobre mi preciosa tripita ni echándome sus babas en la boca. ¿Me explico?

Tras unos segundos de silencio, Blohm asintió.

—Sí, se explica… Pero cien mil dólares es mucho dinero.

—Según cómo se mire —movió la cabeza la pelirroja, haciendo ondear sus hermosos cabellos—. Cien mil dólares podría ser demasiado dinero para cualquiera de esos desdichados que han pasado la noche conmigo por unos cuantos dólares. Pero no para ustedes.

—¿Por qué no para nosotros?

—Ya le he dicho que he leído los periódicos. Ese hombre al que ustedes se llevaron, ese negro llamado Namo Terokero, es el embajador de un país llamado Numbia. Pero no es el único diplomático extranjero que ha desaparecido en Nueva York, precisamente anoche, en los momentos de confusión del apagón. Como ya le he dicho que no soy tonta, he empezado a atar cabos…, y he llegado a la conclusión de que ustedes no son precisamente unos desdichados, sino que están tramando algo gordo. Tan gordo, que organizarlo todo ha debido de costarles mucho dinero. Lo suficiente para que cien mil dólares más o menos no vaya a perjudicar la economía de sus planes y proyectos.

—¡La madre que la parió! —Jadeó Kurtz al volante—. Esta tía es demasiado lista, en efecto, Blohm.

—Ya os lo dije —gruñó este—. Pero cien mil dólares siguen pareciéndome demasiado.

—No voy a rebajarles ni un centavo —advirtió Dulce Welby.

—¿Sabe que se está usted jugando la vida, muñeca? —preguntó con fría amabilidad Steiner.

—Sí, pero para la puerca vida que llevo en Nueva York desde que llegué, no sé si vale la pena continuar con ella. Así que un poco de riesgo a cambio de cambiar totalmente mi sistema de vida, me parece aceptable. ¿De acuerdo en lo de los cien mil dólares? Les aseguro que si me pagan les devolveré el negativo, que desapareceré, y que nunca más tendrán ustedes ninguna preocupación por mi causa.

—En resumen —dijo sonriendo de lado Blohm—: eres una mala puta tan golfa y sinvergüenza como nosotros… o más.

—La vida enseña, amigo mío —sonrió Dulce Welby—. Sobre todo en una ciudad como Nueva York.

—Está bien, consultaremos sobre esa cantidad. ¿Dónde podemos llamarla para darle una respuesta?

Dulce Welby soltó una de sus deliciosas carcajadas.

—¡Oh, vamos! —exclamó—. ¿De verdad creen que voy a darles el número de teléfono del motel dónde estoy alojada? Eso sería tanto como facilitarles mi localización en menos de un par de horas. Nada de eso, amiguitos. Yo seré quién les llame a ustedes.

—Nosotros tampoco estamos dispuestos a facilitarle ningún número de teléfono, señorita Welby.

—Bueno, podemos recurrir de nuevo a los periódicos. Yo soy una clienta asidua del *Morning News* de Nueva York. Pueden ustedes poner un anuncio en él y mañana por la mañana yo lo leeré. Bastará uno de los anuncios económicos. Algo así como: Dulce llame al teléfono tal… Yo entenderé y en cuanto haya leído el periódico les llamaré a ustedes.

—Está bien —gruñó Steiner—. ¿Sigue con nosotros o prefiere apearse ya?

—Pues no es que me resulten demasiado simpáticos, pero como ya le dije a su amigo, me gustaría que me llevasen hasta fuera de Nueva York por la Nacional 22. Yo les diré cuándo quiero apearme. Desde luego, no muy tarde, porque si me demoro más de una hora en llamar a esa persona, irá a llevar el sobre con la fotografía y una nota indicativa que…

—Está bien, está bien —la cortó Steiner—. Ya hemos entendido su jugada y que es usted muy lista. No hace falta que siga machacando el clavo, preciosa.

—De acuerdo. Entonces sigamos hacia adelante y les diré cuándo quiero apearme.

No parecía que hubiese gran cosa más que hablar, así que los ocupantes del coche estuvieron viajando en silencio hacia el norte. Atrás quedó Nueva York, y el coche rodaba ya por la carretera Nacional 22. Muy poco después de que estuvieran en esta, la señorita Welby se removió en el asiento y dijo:

—Puede parar cuando quiera. Aquí me apeo.

—¿Aquí? —Se sorprendió Blohm—. ¡Pero si aquí no hay nada!

—Solo carretera —gruñó Steiner.

—Es lo único que necesito —sonrió Dulce Welby—. Salgo de este coche, ustedes siguen su camino, yo espero otro coche que vaya en dirección opuesta a la de ustedes, y como soy una muchacha más bien atractiva, no dudo que mi petición de autoestop dará resultado. Así que con el amable caballero que me haya recogido en su coche, me alejo, busco un teléfono, llamo a esa persona para que no lleve la fotografía a la policía, y me dedico a descansar tranquilamente esperando el momento de ver su anuncio en el *Morning News*. ¿Han comprendido?

Los tres hombres habían comprendido, por supuesto, ya que no se podía ser tan tonto para no hacerlo así, pero ninguno de ellos

contestó. Kurtz miraba hoscamente a Dulce Welby por el retrovisor, y sus compañeros Blohm y Steiner la miraban no menos hoscamente, pero en directo.

Poco después, el coche se detenía junto a un arcén, y sin más complicaciones la señorita Welby abrió la portezuela, obsequió a sus acompañantes con una sonrisa, y se apeó.

Se quedó de pie en el arcén esperando, y Kurtz, tras un refunfuño, reanudó la marcha, alejándose.

—¡Pues nos ha complicado bien la vida esa puerca! —masculló Blohm.

—Así es. Porque aunque le paguemos los cien mil dólares, nunca podremos tener la seguridad de que ella no se ha quedado una copia y que finalmente decida entregarla a la policía.

—Este es un mal asunto, desde luego —masculló Kurtz al volante—. A esa chica teníamos que haberle cortado el cuello.

—Para hacer eso siempre estamos a tiempo —dijo Steiner—. No olvides que mañana podemos contactar nuevamente con ella. Y si después de hablar con el jefe él decide que debemos cortarle el cuello pase lo que pase…, pues se lo cortamos y en paz.

—¡Pero antes la violaremos! —exclamó Kurtz.

—No sé si estaré yo de humor para esa clase de diversiones con una tía tan lista —farfulló Blohm—. En fin, vamos a ver qué dice el jefe y que tome una decisión.

—¿Adónde voy? —preguntó Kurtz—. Porque lo mismo puede estar en el camión que en el cementerio.

—Ve primero al cementerio. Sí no está allí, siempre estaremos a tiempo de localizarlo en el camión por medio de la radio.

—De acuerdo. ¡Esa maldita pelirroja! Seguro que ya está haciendo autoestop —emitió una de sus frías sonrisas Steiner—. Con ese cuerpo, no me extraña nada. Cualquier pazguato que la vea se parará enseguida a recogerla.

En cierto modo, Steiner tenía razón. Alguien se había parado enseguida junto a la señorita Welby, pero ciertamente no era un pazguato. El hombre que conducía el Cadillac, y que lo había parado delante de la pelirroja, se apeó, y esta ocupó su sitio ante el volante. Luego, sacó la cabeza por la ventanilla y sonrió al hombre que no era un pazguato.

—Gracias, Simón. Puede usted regresar a Nueva York.

—Quizá sería conveniente que yo la acompañase. Incluso deberíamos ir varios en otro coche detrás por si…

—No, no. Me las voy a arreglar sola, por el momento. Solo se trata de localizar el lugar adonde van esos tres caballeros. Y según cómo vea yo las cosas por allí, recurriré a mis queridos Simones. Hasta la vista.

—Tenga cuidado —recomendó el agente de la CIA.

Sonriendo, Dulce Welby reanudó la marcha en la misma dirección que llevaba el coche en el que iban Steiner, Blohm y Kurtz. Lo que no sabían estos era que en el asiento de atrás, metido en la juntura del respaldo y el asiento mismo, la señorita Welby había colocado un pequeño emisor de señales… Señales que en aquel momento, el receptor que iba en el asiento contiguo estaba captando con toda nitidez.

«Tendré que ir con cuidado para no acercarme demasiado a su coche —reflexionó Dulce—… Aunque en el supuesto de que me acercase demasiado dudo mucho de que pensasen que la mala puta, sinvergüenza Dulce Welby les esté siguiendo nada menos que en un Cadillac».

Por cierto que el Cadillac tenía que venderlo y comprarse otro coche más moderno. Siempre estaba pensando en hacerlo, pero se iba resistiendo. De todos modos, el Cadillac funcionaba de maravilla, y puesto que le tenía cariño era una tontería desprenderse de él tan solo porque sus formas no estuvieran de acuerdo con las líneas automovilísticas actuales.

«En fin —se dijo Dulce Welby—…, ya pensaré en esto en otra ocasión. Mientras el Cadillac vaya aguantando, me parece que soy lo bastante sentimental para conservarlo. Sobre todo si funciona como ahora. Creo que será mejor que reduzca la marcha o me voy a echar encima de mis amables anfitriones».

Este último pensamiento estaba en la mente de Brigitte Montfort, alias *Baby*, alias Dulce Welby, porque el receptor de las señales del emisor que ella había colocado en el otro coche, estaba sonando con demasiada fuerza. Así pues, redujo un poco la velocidad y cuando por el sonido del receptor dedujo que la distancia, la separación entre ambos coches, era la conveniente, mantuvo esa velocidad. Y siempre manteniendo esa velocidad y esa distancia con el otro coche, Dulce Welby fue en pos de este.

Ciertamente, el destino de este coche no era White Plains, puesto que pasaron de largo por esta localidad, giraron luego a la izquierda y cruzaron el Hudson River. Poco después, ya en la otra orilla, abandonaron aquella carretera para tomar otra que descendía hacia Nueva York.

Solo un poco más tarde, la señorita Welby, al volante de su viejo Cadillac, cruzaba la frontera estatal entre New York y New Jersey.

Finalmente, cuando hubo rebasado el cruce de las carreteras estatales 4 y 17 de New Jersey, comenzó a perder la señal del pequeño emisor. Comprendiendo que estaba equivocando la dirección a seguir, Dulce dio la vuelta al coche y regresó hasta volver a recibir con fuerza la señal. Siempre buscando la mayor fidelidad de la señal, Dulce fue conduciendo hasta llegar a una salida de la carretera. Tomó por esta, y el receptor fue acusando cada vez con un zumbido más fuerte la mayor proximidad del emisor de señales.

De pronto, a muy poca distancia, Dulce vio el resplandor de una luz, bastante mortecina por cierto, y frenó. Apagó el motor, miró el receptor que zumbaba con terrible fuerza y que no dejaba de hacerlo, lo que significaba que el otro coche estaba muy cerca y se había detenido. Si la señal se hubiese ido perdiendo, habría significado que el otro coche seguía por aquel camino. Pero, puesto que la señal seguía fija con la misma intensidad, era que el otro coche, como el Cadillac, se había detenido por fin.

Dulce detuvo la marcha del receptor, y entonces todo quedó en absoluto silencio.

Tanto silencio, que no le gustó. Su intención, ciertamente, era salir del coche y seguir a pie hasta encontrar el de los tres hombres a los que había seguido. Pero… ¿y si eso era precisamente lo que estaban esperando ellos agazapados en algún sitio? Si salía del coche quedaría expuesta a los posibles disparos de los tres hombres. Así pues, volvió a dar el encendido del motor, y reanudó la marcha dentro del coche. Si disparaban, sabía muy bien que su Cadillac podía resistir perfectamente cualquier clase de proyectil.

Incluso los cristales hacía ya tiempo que habían sido colocados a prueba de balas.

Muy pronto empezó a ver coches viejos, y a medida que avanzaba lentamente, produciendo el motor de su coche apenas un

levísimo zumbido, iba viendo más y más coches, ahora ya amontonados unos sobre otros. La conclusión era muy fácil de obtener. Había llegado a un cementerio de automóviles. Se encontró de pronto en una pequeña explanada circular. Es decir, definida circularmente por la gran cantidad de coches amontonados unos sobre otros. Frente al Cadillac distinguió ahora un edificio oscuro y de aspecto próximo a lo ruinoso. Lo que no vio por ninguna parte fue el coche en el que viajaban los tres hombres de la fotografía. Se quedó mirando la construcción que tenía enfrente. No se veía en ella luz alguna ni había cualquier otro signo de vida.

A ambos lados de aquel feo y viejo edificio de una sola planta, el circulo de chatarra automovilística se rompía, de modo que se podía pasar entre los coches amontonados y el edificio, hacia la parte de atrás de este. Lo mismo podía ser que detrás del edificio estuviese el coche de los tres hombres, como que estos hubiesen seguido su camino dejando atrás aquel edificio.

Pero no.

La señal del receptor había sido bastante explícita al respecto. Si había estado sonando continuamente con aquella intensidad, era que el coche, y por tanto el emisor que llevaba oculto en el respaldo, se había detenido cerca de allí y, dondequiera que fuese, allí continuaba.

«Bueno —reflexionó Dulce Welby—, lo seguro es que no voy a enterarme de nada si permanezco dentro del coche. Lo seguro es que debo tomar una decisión».

La decisión la tomó pocos minutos más tarde. Apagó de nuevo el motor, abrió la portezuela del coche, y se apeó, llevando en la mano izquierda su maletín y en la derecha su pistolita silenciosa de cachas de madreperla.

Comenzó a caminar lentamente hacia el edificio, mirando a ambos lados de este y hacia lo alto de la desigual montaña de chatarra automovilística.

Y de pronto, cuando había dado apenas siete u ocho pasos, comenzó a oír toda una serie de crujidos y ruidos chirriantes por encima de su cabeza.

Sobresaltada, Dulce Welby se volvió hacia su coche al mismo tiempo que alzaba la cabeza… Por encima de ella vio la enorme grúa que se estaba moviendo, y en cuyo extremo, un gran gancho

triple de hierro comenzaba a descender hacia el Cadillac. Todo esto, sin que dejasen de oírse los chirridos y gruñidos de la vieja grúa, puesta en funcionamiento por alguien a quien Dulce Welby no podía ver pese a que intentó localizar la cabina de mandos de la gigantesca grúa.

—No —murmuró—… ¡El Cadillac, no!

Su murmurada súplica, evidentemente, no había sido oída. Pero seguramente habría dado lo mismo. De pronto, el triple gancho, abierto como unas gigantescas fauces, cayó sobre el viejo y querido Cadillac de la espía internacional, completamente abierto, lo aplastó, y acto seguido se cerró, clavándose en los lados y en la parte de atrás. A continuación, con gran crujir de chapa de hierro y cristales, el Cadillac fue alzado por la gigantesca grúa, que lo desplazó unos cuantos metros y lo dejó caer al suelo con gran sonido retumbante. Inmediatamente, en aquella posición, Dulce Welby oyó otro ruido de engranajes, y su mirada se alzó. Desde arriba, un gigantesco bloque de acero, una enorme prensa cuyo peso debía de ser superior a las veinte toneladas, cayó como un gigantesco martillo sobre el Cadillac, aplastándolo de tal manera que, como suele decirse, quedó convertido en un papel de fumar. Todavía el enorme bloque de acero cayó dos veces más sobre el Cadillac. Luego, el triple gancho, aquella boca de tres grandes dientes de acero, estuvo funcionando hasta que consiguió agarrar de nuevo el Cadillac, lo alzó, y con un rápido movimiento hacia la derecha, lanzó los restos del vehículo sobre los otros ya amontonados.

—Esto lo vais a pagar —jadeó Dulce con contenido tono colérico —. ¡Tantos años conservando mi Cadillac para que ahora unos tipos como vosotros…!

No terminó de proferir su amenaza. La grúa volvía a chirriar, y ahora, la boca de triple dentadura se movía… hacia ella.

La agente *Baby* lanzó una exclamación, dio una vuelta, y echó a correr, alejándose del campo de acción de la grúa. Pero todavía estaba alejándose cuando la voz de uno de los hombres de la fotografía llegó clara y sonoramente hasta ella.

—¡No se mueva! La estamos apuntando.

Por supuesto que no hizo ningún caso. Continuó corriendo hacia el edificio, pero por alguna parte sonó el chasquido de un disparo

efectuado con silenciador y la bala rebotó por delante de la espía, apenas a un metro, arrancando una nube de polvo. Sin perder la velocidad, *Baby* giró a su derecha, y en unos cuantos pasos más llegó ante la ladera de aquella pequeña montaña de automóviles desechados. Sin vacilar ni un segundo comenzó a encaramarse en ella, y muy pronto encontró un adecuado cobijo de chapa de hierro.

Sin embargo, esta precaución para protegerse de los disparos que le hiciesen, iba a dar muy poco resultado. Y lo comprendió enseguida, cuando de nuevo oyó el chirriar de la grúa. Alzó la cabeza y no solo vio la grúa de la cabeza de hierro, sino el enorme bloque de acero, desplazándose ambas hacia el lugar donde ella se había ocultado.

Lanzando una exclamación de sobresalto, Dulce Welby abandonó su posición con el tiempo justo, pues la prensa de acero cayó muy cerca del lugar que había ocupado, y se hundió como si en lugar de haber encontrado oposición de chapa metálica, hubiese sido simple papel. El estruendo fue terrible, y al mismo tiempo, al recibir la montaña de coches el fortísimo impacto de la prensa de acero, todo retembló y todos los vehículos que estaban cerca cambiaron de posición, moviéndose y saltando unos contra otros. Esto dio lugar a que también el coche sobre el cual se hallaba Dulce Welby en aquellos momentos se moviese, desplazándose hacia un lado, a punto de caer. Las consecuencias fueran verdaderamente peligrosas para la espía, que perdió el equilibrio y cayó desde aquel coche sobre otro, y luego sobre otro, rebotando duramente, hasta llegar al suelo, donde su cabeza rebotó con fuerza.

Cuando vino a darse cuenta, Dulce Welby estaba caída de manos y rodillas en el suelo, y le zumbaban terriblemente los oídos. Sacudió la cabeza y el terrible zumbido decreció notablemente. Se colocó de rodillas y vio cerca de ella su maletín, y un poco más allá la pistola, que relucía a la luz de las estrellas.

En el mismo momento en que empezaba a incorporarse para saltar hacia la pistola, Dulce Welby se dio cuenta de que junto a ella había un hombre.

—No se mueva —oyó la voz ya conocida de uno de los sujetos —. Ya le he dicho que la estamos apuntando. De modo que póngase de pie despacio y…

La agente *Baby* no le dejó continuar. Desde su postura

arrodillada saltó contra el hombre, con tal rapidez y decisión que este lanzó un respingo, y aunque todavía tuvo tiempo de disparar una vez, la bala pasó por encima de Dulce, que llegó a impactar con su hombro derecho en el vientre de Steiner. El encontronazo fue de tal fuerza que Steiner salió disparado de espaldas, mientras su pistola, todavía vibrando por el disparo, salía lanzada hacia el cielo.

Steiner rodó por el suelo, pero se puso en pie rápidamente, al mismo tiempo que lo hacía Brigitte… Es decir, casi al mismo tiempo. La espía fue algo más veloz que Steiner, y se acercó a él describiendo un velocísimo giro sobre su pierna izquierda y alzando la derecha velozmente en un formidable patadón de karate que alcanzó al hombre en pleno pecho y volvió a derribarlo de espaldas.

La maldición de Steiner resonó en el silencio del lugar, al mismo tiempo que volvía a oírse el gruñir de los mecanismos de la grúa. Dulce Welby levantó la cabeza, emitió un alarido de espanto… y tuvo el tiempo justo de saltar a un lado para evitar que la boca de tres gigantescos y acerados dientes cayese sobre ella.

Pero aún estaba sonando este estruendo, cuando la voz de otro de los hombres resonó como un aullido.

—¡Maldito seas, idiota! ¡Ya sabes que tenemos que capturarla con vida! Dulce saltó hacia donde había caído la pistola de Steiner, que había quedado más cerca que la suya propia. Se inclinó, la recogió rápidamente y se irguió a toda prisa, comenzando a apuntar hacia donde Steiner se estaba poniendo de nuevo en pie.

Y en ese mismo instante, justo cuando oía tras ella un sonido que la alarmó, la señorita Dulce Welby recibió en la parte posterior de la cabeza un formidable golpe que la hizo caer de bruces fulminada.

Capítulo IV

—Quitadle la venda —oyó.

No sabía el tiempo que había permanecido sin conocimiento. Solo sabía que finalmente lo había recobrado y se había dado cuenta de que viajaba metida en el maletero de un coche. Por supuesto, el coche de Steiner, Blohm y Kurtz. El viaje había sido bastante largo, pero había terminado hacía cosa de un minuto. El maletero había sido abierto, se le colocó una venda en los ojos, después le desataron los pies, y la ayudaron a bajar a tierra firme.

Luego, tomada por el brazo por uno de aquellos hombres, fue conducida a un lugar donde se le indicó que debía subir seis escalones. Los había subido, había caminado tres o cuatro pasos, había oído abrirse una puerta, había cruzado esa puerta, que se había cerrado tras ella…, y ahora aquella voz ordenando que le quitasen la venda…

Y así fue.

La venda le fue retirada, y tras unos segundos de parpadear deslumbrada, aunque no mucho, pues la luz no era precisamente abundante, Dulce Welby pudo ver al extraordinario personaje que tenía ante ella.

En verdad extraordinario.

La luz llegaba por detrás de él, de modo que su rostro no podía ser visto con demasiada claridad, pero sí su cabeza completamente rapada. Y la iluminación general de aquel despacho confortablemente amueblado se reflejaba en el monóculo que el hombre sostenía sobre su ojo derecho. Pero no era eso lo verdaderamente sorprendente, sino la indumentaria de aquel sujeto, que, puesto de pie tras la mesa, la miraba fijamente. Una indumentaria que la agente *Baby* había visto miles de veces en toda clase de fotografías. La indumentaria de un oficial de la Gestapo alemana.

Y al mismo tiempo que veía aquel oficial de la Gestapo, Brigitte se daba cuenta de que había captado en el tono de su voz un inconfundible acento alemán.

—Señorita Welby —dijo el sujeto del monóculo—, después de capturarla mis hombres se comunicaron conmigo utilizando una radio. Y me dijeron no solo las pretensiones de usted, sino que para ser usted una chica que se dedica a tomar fotografías en un club nocturno muy ligerita de ropas, es usted demasiado lista.

—¿A qué se refiere? —musitó Dulce Welby.

—Me estoy refiriendo a que mis hombres desconfiaron de usted y encontraron el emisor de señales que usted había colocado en el asiento del coche. Así que, comprendiendo que usted tiene que ser algo más que una simple fotógrafa, le tendieran la trampa llevándola a aquel cementerio de coches abandonado, y con muy buen criterio decidieron capturarla con vida para que yo me encargase de interrogarla. ¿Lo ha comprendido usted bien?

—Por supuesto —asintió Dulce mirando alrededor—… ¿Quién es usted?

—Soy el coronel Wolf Zimmer.

—Ya… De la Gestapo, claro.

—Naturalmente. De la Gestapo. ¿Acaso no resulta evidente?

Dulce Welby frunció el ceño. Luego, miró con un poco más de detenimiento a su alrededor. Detrás del llamado Wolf Zimmer había una pantalla de pie que era la que daba luz al despacho. Un despacho muy bien instalado, en el que había cuadros, librería, una hermosa mesa tras la que permanecía de pie el sorprendente personaje…, y en lo más alto del techo una abertura circular desde la que llegaba un suave zumbido a los finos oídos de la espía internacional. Pero no era solo ese zumbido el que llegaba a oídos de la agente *Baby*; lejanísimo, muy amortiguado, un rumor que le recordó simplemente el tránsito normal de vehículos por una carretera.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En mi despacho —replicó secamente el coronel Zimmer.

—Eso lo veo —intentó sonreír Dulce Welby—. Pero… ¿dónde está situado su despacho? Esta casa parece que está muy cerca de una carretera.

—Eso no es cosa que deba preocuparla a usted, señorita Welby.

Lo que debe causarle preocupación, y mucha, es su destino.

—¿Mi destino? Bien, supongo que va usted a hacerme toda una serie de amenazas sobre mi vida si no le entrego la fotografía, coronel Zimmer.

—Así es. Quiero esa fotografía y el negativo… Y quiero que me diga quién es usted y para quién trabaja.

—Soy una mujer policía. Y como usted comprenderá, no tengo su fotografía encima.

—Eso es cierto, coronel —dijo con un gruñido Steiner, que junto con Blohm y Kurtz estaba detrás de Dulce Welby—. La hemos registrado a ella y también su maletín, y no hemos encontrado esa maldita fotografía.

—Ya les digo —murmuró Dulce sin volver la cabeza— que la tiene la policía.

Wolf Zimmer, tras contemplarla con gran atención durante quince o veinte segundos, acabó por mover negativamente la cabeza.

—No, señorita Welby. Usted no trabaja para la policía. La policía tiene otros sistemas muy diferentes al que usted ha utilizado. Si trabajase para la policía, quizás hubiese realizado parte de la acción usted sola…, pero en cuanto se hubiese encontrado en peligro en aquel cementerio de coches abandonado, tengo la seguridad de que habría aparecido todo un enjambre de policías que la habrían seguido a usted mientras seguía a mis hombres.

—Bueno, si es usted tan listo —sonrió desdeñosamente Dulce— dígame quién soy y para quién trabajo.

—No sé quién es usted, pero sin la menor duda trabaja para la CIA, o quizá para el FBI…, o cualquier organismo similar norteamericano. Pero desde luego, no para la simple policía.

—Es usted muy listo. Escuche, amigo… ¿estamos bromeando o realmente insiste usted en que es un coronel de la Gestapo?

—¿Bromeando? —Brotó gélidamente la voz de Wolf Zimmer—. Aquí no hay ninguna clase de bromas, señorita Welby. Y le sugiera que cambie de tono y de actitud, pues de lo contrario, sin más complicaciones y sin preocuparme en absoluto de esa fotografía, la voy a matar y tiraré su cadáver en cualquier parte.

—¿Haría usted eso?

—Vamos, no sea estúpida —refunfuñó Wolf Zimmer—. Si usted

no está dispuesta a hablar en serio, dígalo de una vez y le meteré una bala en la cabeza.

Mientras decía esto, el coronel Zimmer había desabrochado y abierto su funda, y sacado una reluciente Luger, con la que apuntó con extraordinaria firmeza a la cabeza de la espía internacional. Esta asintió con un gesto y acto seguido alzó una mano en son de paz.

—De acuerdo, de acuerdo. No se ponga nervioso. Para apretar un gatillo siempre se está a tiempo.

—Así lo creo, pero yo estoy dispuesto a hacerlo ahora mismo si no se explica usted de modo que me parezca satisfactorio.

—Conteste usted primero a una sola pregunta, y luego yo contestaré todas las que usted quiera —puntualizó *Baby*—. ¿Está usted de acuerdo, coronel?

—¿Qué pregunta es esa?

—Es muy fácil de responder. ¿Es usted quien ha organizado y dirigido el secuestro de los diecisiete diplomáticos extranjeros en Estados Unidos?

—Así es.

—¿Y los tiene usted en su poder?

—Por supuesto.

—Bien, podría creerlo puesto que a fin de cuentas esos diecisiete hombres han desaparecido. Pero me gustaría que me demostrase usted que los tiene, coronel Zimmer. Y una vez convencida de ello, es casi seguro que llegaremos a un buen entendimiento.

—¿Un buen entendimiento? ¿Quién demonios se ha creído que es usted?

—¿Ha oído hablar de la agente *Baby* de la CIA?

—Naturalmente —exclamó Wolf Zimmer—. ¿Es usted?

—Sí.

—No es posible.

—Si recapacita usted, coronel, comprenderá que sí es perfectamente posible que la CIA haya recurrido a mí para resolver un asunto de esta envergadura. Le aseguro que soy la agente *Baby*.

—¡Fantástico! —murmuró Zimmer—. Absolutamente fantástico, y muy conveniente para mí. No sabe cuánto me alegro de que nos hayamos puesto en contacto, aunque haya sido en tan desagradables circunstancias.

—No se preocupe por eso —sonrió Dulce Welby—. Yo soy persona que puede adaptarse muy bien a todas las situaciones. Y si nuestras relaciones son inteligentes y convenientes, puedo perfectamente olvidar pequeños detalles desagradables.

—¡Magnífico! —Sonrió Wolf Zimmer—. Siéntese, por favor, señorita Welby. Bueno, claro está, no puedo admitir la idea de que una chica fotógrafo, llamada Dulce Welby, sea la agente *Baby*. De modo que supongo que su nombre verdadero es otro.

—Se equivoca usted. Efectivamente, soy Dulce Welby, y mi trabajo visible, digamos de relación normal con las personas, es la de fotógrafa en el Golden Club. Siempre se puede sacar partido a eso, coronel Zimmer.

—Bien… ¡Pasmoso! ¡En verdad pasmoso! Pero no vamos a discutir ese punto. Lo importante es que sea usted la agente *Baby*. Siéntese, por favor.

Dulce Welby se sentó en uno de los sillones que había frente a la mesa de Wolf Zimmer, y este lo hizo a su vez en su confortable butaca. Durante unos segundos permaneció silencioso, con aquella actitud escrutadora y atentísima hacia la pelirroja que le contemplaba expectante.

—Si realmente es usted la agente *Baby* —dijo de pronto Wolf Zimmer— voy a tener el gusto de dejarla marchar libremente, para que traslade usted ciertas exigencias mías a sus superiores. Y para que a su vez, naturalmente, estos las traspasen a quienes correspondan.

—Puedo perfectamente encargarme de ello. ¿Qué es lo que tengo que decir a mis superiores?

—Le voy a exponer la situación con toda claridad y a ser posible con pocas palabras. En primer lugar, esos diecisiete diplomáticos que obran en mi poder no son las únicas personas que pueden sufrir las consecuencias de un desacuerdo entre mis pretensiones y las de, digamos, el gobierno americano. Además de los diecisiete diplomáticos, tengo casi cuarenta personas más que han sido secuestradas en una acción simultánea durante la última semana, y que serán ejecutadas si las personas a las que estoy presionando para conseguir mis objetivos no acceden a ello.

—¿Tiene usted otras cuarenta personas, además de los diecisiete diplomáticos? ¿Dónde?

—No se preocupe por eso. Ahora escuche bien lo que voy a decirle. Los diecisiete diplomáticos extranjeros, que han sido debidamente seleccionados por mí con anterioridad a su secuestro, están siendo, digamos, presionados de diversos modos para que accedan a mis pretensiones cerca de ellos. Saben muy bien que dispongo de cuarenta víctimas más en otro lugar, y que además, si no me facilitan la información que les solicito, así como ellos están secuestrados sus familias serían asesinadas. Por lo tanto, esos diecisiete hombres estén ya mentalizados en el sentido de que deben complacerme.

—Entiendo eso —dijo fríamente Dulce Welby—. ¿Y qué es lo que usted pretende de esos diecisiete hombres?

—Quiero que ellos me faciliten toda la información respecto a las relaciones de sus respectivos países con Israel. Y los he escogido bien, señorita Welby. Sé que con cada uno de esos países Israel tiene acuerdos secretos y digamos que resultaría muy incómodo que esos secretos fuesen divulgados. Como usted sabe, Israel se está robusteciendo día a día debido en gran parte a la ayuda económica de los Estados Unidos, y de muchos judíos de todo el mundo que aportan grandes capitales para la causa judía. Tanto y tanto dinero tienen y van teniendo, que desde hace unos años a esta parte el servicio de espionaje de Israel se está dedicando a la caza de hombres que hace ya muchos años pertenecieron a la Gestapo, a las S. S. o a cualquier otro Grupo alemán dedicado al exterminio de judíos. ¿Me va usted siguiendo?

—Sí, sí, le comprendo perfectamente. Continúe, por favor.

—Bien… En justa actitud de réplica a los secuestros y asesinatos de ex oficiales alemanes de la Gestapo y de las S. S. por parte del espionaje israelita, unos cuantos alemanes que vivimos aquellos gloriosos tiempos nos hemos puesto de acuerdo para dar adecuada réplica, como le digo, a los israelitas. Así, por el momento, hemos secuestrado a esos diecisiete diplomáticos residentes en Estados Unidos, con el fin de que nos expliquen en qué consisten sus acuerdos secretos con Israel. Acuerdos secretos, agentes que trabajan como contacto entre unos y otros, y en fin, toda una serie de información cuyo alcance no dudo que es usted capaz de comprender.

—Así es —murmuró *Baby*.

—Bien, cuando yo disponga de la información que están a punto de facilitarme esos diecisiete diplomáticos, exigiré a los Estados Unidos tres cosas. Una: un millón de dólares de rescate por cada uno de los diecisiete diplomáticos que tengo en mi poder. Lo que quiere decir que el gobierno de los Estados Unidos debe ir preparando ya la suma en efectivo de diecisiete millones de dólares.

—No está mal —sonrió *Baby*—. ¿Qué más?

—Dos: quiero que inmediatamente Israel sea expulsada a perpetuidad del seno de las Naciones Unidas.

Dulce Welby asintió con amable gesto.

—Entendido: expulsión de la ONU del Estado de Israel. ¿Y la tercera?

—La tercera es que el Gobierno de los Estados Unidos debe hacer lo necesario para que en todos los periódicos del país y en todas las agencias o corresponsalías de todos los periódicas americanos en todo el mundo, se publiquen las confesiones que muy pronto tendré de boca de esos diecisiete diplomáticos extranjeros, explicando bien claramente a todo el mundo la clase de acuerdos secretos que Israel hace con algunos países o con algunos gobernantes de algunos países.

—Me parece que eso es excesivo —exclamó Dulce Welby—. La publicación de esa clase de acuerdos, que no conozco pero que puedo perfectamente imaginarme, podría dar lugar a toda una serie de dificultades internacionales.

—¿Qué dificultades se le ocurren a usted?

—Bueno, en primer lugar no podemos dudar de que Israel rompería sus relaciones diplomáticas y cualquier clase de acuerdo con esos países, y por supuesto, negando todo cuanto los diplomáticos en cuestión hubiesen dicho sobre ellos. Esa ruptura de relaciones diplomáticas entre Israel y esos diecisiete países, produciría una gran tensión internacional que podría dar lugar a una, digamos, cadena de rencillas entre grupos de esos países, y finalmente es muy posible que esa cadena de rencillas pudiese desembocar en una guerra de resonancia mundial.

—Sí —sonrió ampliamente Wolf Zimmer—… Esa es la idea, precisamente.

—¿Está usted loco? —exclamó *Baby*.

—No —rio Wolf Zimmer—. Lo que pretendo, sencillamente, es

que se produzca una hecatombe bélica de tal envergadura que Israel y todos los judíos del mundo sean borrados del mapa de una maldita vez. Absolutamente para siempre. Con lo que dejarán de ser la gran mierda del mundo, y sobre todo, de molestar a quienes fuimos gloriosos oficiales del más poderoso y glorioso ejército que jamás hubo en el planeta Tierra.

—Está bien —murmuró Dulce Welby—. No voy a discutir con usted toda una serie de cuestiones que indudablemente deben ser resueltas en Washington. ¿Algún recado más para mis superiores, coronel Zimmer?

—No. Es suficiente con eso. Y me alegro muchísimo de haber entrado en contacto con usted, señorita Welby, porque tengo la certeza de que una espía de su importancia y experiencia sabrá transmitir con gran exactitud, con toda fidelidad, mis deseos y propósitos, tanto a sus superiores como a la mismísima Casa Blanca si fuere necesario.

—No le quepa la menor duda —asintió ella—. ¿Alguna cosa más, coronel?

—Por mi parte, no. Pero pienso que quizás usted va a insistir en que la convenza de que tengo a esos diecisiete hombres en mi poder.

—Me gustaría asegurarme de ello, en efecto.

—Nada más fácil —aseguró Wolf Zimmer poniéndose en pie—. Venga, por favor.

Dulce Welby también se puso en pie, y siguiendo la indicación del coronel Zimmer rodeó la mesa del despacho y caminó unos cuantos pasos junto al sujeto del monóculo, hasta detenerse ambos ante una puerta que había al fondo del despacho. Zimmer la abrió, y se apartó a un lado, sonriente.

—Puede usted pasar, señorita Welby.

La agente *Baby* cruzó el umbral sin vacilar. Y enseguida comprendió que Wolf Zimmer podía ser un loco, pero que desde luego no estaba bromeando. Porque allí, sentados en el suelo a ambos lados de la siguiente estancia, atados a la pared por medio de cadenas con argollas que rodeaban sus cuellos, estaban los diecisiete diplomáticos extranjeros secuestrados. En silencio, Dulce Welby los contó. Diecisiete exactamente. Y conocía a la mayoría de ellos, así que no había lugar a engaño. Por su parte, los prisioneros

contemplaban con expresión entre anhelante y preocupada a la bella pelirroja, por supuesto sin saber a qué atenerse respecto a su presencia allí.

Pero Dulce Welby no dijo nada. Solo, tras mirar a todos los hombres y contemplar aquella amplia estancia de unos cuatro metros de ancho por seis de largo, alzó la mirada hacia el techo. Allí, como en el despacho del coronel Zimmer, había también el agujero de un renovador de aire cuyo zumbido oía perfectamente…, mientras en todo momento había continuado oyendo fuera de las paredes del despacho, y ahora de aquella gran celda, el rumor continuo de tráfico rodado.

Al extremo de aquella gran celda había otra puerta, que de pronto se abrió, y apareció un hombre en ella, portando un montón de cuartillas y un puñado de bolígrafos. Al ver a Brigitte se sobresaltó ligeramente y se quedó mirándola. Pero enseguida miró tras ella y debió de captar una tranquilizadora seña del coronel Zimmer, puesto que sin comentario alguno el hombre se dirigió hacia su derecha y comenzó a repartir cuartillas y bolígrafos entre los diplomáticos prisioneros.

Mientras tanto, Brigitte había mirado hacia el otro cuarto, y lo único que vio allí fue unas cuantas literas. Indudablemente allí debía de alojarse el personal a las órdenes de Wolf Zimmer encargado de custodiar y atender a los prisioneros.

Dulce Welby dio media vuelta, abandonó el cuarto-celda, y cuando Zimmer hubo cerrado la puerta, asintió.

—De acuerdo, coronel —murmuró—. Conozco a la mayoría de estos hombres, y en lo que a mí respecta estoy plenamente convencida de que tiene usted por ahora todos los triunfos. También he entendido perfectamente cuáles son sus pretensiones, y cuando usted guste puedo ir a comunicárselas a mis superiores.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —sonrió Wolf Zimmer de pie frente a la espía internacional.

Esta escrutó aquel rostro de líneas correctas e inexpresivas, en el que brillaba el monóculo que recibía ahora directamente la luz de la lámpara de pie. También la rapada cabeza brillaba de tal modo que hizo sonreír a la agente *Baby*.

—¿De verdad puedo marcharme? —inquirió.

—De verdad. Claro está, previo ciertos pequeños requisitos a los

que espero no se oponga.

—Si se refiere a que van a vendarme los ojos y que van a tomar las debidas precauciones para que no localice este lugar, me parece muy natural, y por supuesto lo acepto, coronel.

—Muy agradecido. Adiós, señorita Welby, y gracias por su colaboración.

—Solo por curiosidad —sonrió más ampliamente Dulce Welby— … ¿Usted está enterado de que los rusos ofrecen diez millones de dólares por mi cabeza y los chinos otros diez, coronel?

—Todo eso son tonterías para mí. Tengo cuestiones más importantes que atender que los asuntos de rusos y chinos. Tanto yo como el resto de ex oficiales alemanes de la Gestapo y las S. S. nos hemos puesto una meta, un objetivo bien diferente a todas esas tonterías. Queremos que Israel sea borrado del mapa, aunque sea a costa de pequeñas guerras que luego originen una mundial. Y queremos no solo acabar de vivir tranquilamente el resto de nuestros días, sino quizás intentar un resurgimiento de nuestro poderío. Pero básicamente, no crea usted que vivo engañado, lo que nos interesa es escapar de una vez por todas a las persecuciones por parte de los asesinos israelitas y que ese Estado desaparezca de una vez por todas del mapa.

—De acuerdo. Por mi parte no hay nada más que hablar, coronel.

—Y por la mía tampoco.

Y efectivamente, ya no se habló más. Steiner, Kurtz y Blohm se ocuparon nuevamente de Dulce Welby, vendándole los ojos y ayudándola a salir del despacho, luego a bajar los escalones y conduciéndola hasta el coche. Volvieron a meterla dentro del maletero, y a los pocos segundos el coche partió.

El viaje duró esta vez, según los cálculos de la espía internacional, más de dos horas. Finalmente, el coche se detuvo y el motor fue apagado. Luego, la tapa del maletero fue abierta y entre Blohm y Steiner la ayudaran a salir de allí. Siempre con los ojos vendados, Dulce Welby, las manos atadas a la espalda, fue conducida fuera de la carretera. Notó como los tacones de sus zapatos se hundían en el blando suelo, y estaba oliendo a pinos. La tendieron en el suelo, le ataron también los pies, y solo entonces oyó la voz de Steiner:

—No creo que tarde usted más de cinco minutos en conseguir desatarse los pies. Entonces podrá regresar a la carretera y supongo que se las arreglará para ser recogida por alguien.

—Así lo espero —murmuró Dulce—. Gracias.

Lo último que hizo Steiner fue quitarle el negro vendaje a la espía internacional. Luego, él y Blohm regresaron al coche, cuyo motor zumbó. En pocos segundos, la señorita Welby quedó sola en un pequeño bosquecillo de pinos, atada de pies y manos.

Pero efectivamente, apenas diez minutos más tarde consiguió desatarse los pies. Se incorporó, y se orientó inmediatamente hacia la carretera, que no era precisamente de las más transitadas.

Sabía muy bien que no estaba muy lejos de Nueva York, y que aquel viaje de dos horas había sido realizado con el exclusivo propósito de desorientarla y que no supiese dónde estaba ubicado el despacho del coronel Wolf Zimmer. Pero este se habría sorprendido grandemente si hubiese sabido cuáles eran las deducciones de la agente *Baby* respecto a la ubicación de su despacho.

Tan solo un par de minutos más tarde, las luces de un coche aparecieron en la distancia. Dulce Welby se colocó en el centro de la carretera y pocos segundos más tarde quedaba de lleno iluminada por los faros del coche, que se detuvo a unos metros de ella. La cabeza de un hombre asomó por la ventanilla.

—¡Hey! —gritó—. ¿Qué le pasa? ¿Quiere que la atropellen?

Dulce Welby se acercó al hombre, y cuando estuvo junto al vehículo se giró de modo que aquel pudiese ver sus manos atadas a la espalda.

—¿Sería tan amable de desatarme, por favor?

—¿Qué le ha pasado? —exclamó el hombre apresurándose a salir del coche—. ¿Se encuentra usted bien, señorita?

—Sí, sí, gracias. Pero le agradecería que me desatase… ¿Puede usted llevarme en su coche hasta que encuentre el modo de dirigirme hacia Nueva York?

—Yo voy hacia Nueva York —dijo el hombre—. Y tendré mucho gusto en llevarla. ¿La han asaltado, quizá?

—No —sonrió Dulce Welby, ya libres las manos—. No he sido asaltada ni violada. Es solo una pequeña broma que me han hecho unos estúpidos amigos.

—¿Una broma? —Se pasmó el hombre—. Pues realmente es una

broma bien estúpida.

—Sí, pero me tomaré cumplida venganza, se lo aseguro. ¿De verdad se dirige usted hacia Nueva York? ¿No le causa trastorno llevarme?

—Al contrario, estaré encantado, señorita… señorita…

—Welby —sonrió dulcemente la espía—… Dulce Welby. Por favor, entremos en el coche. Hace un poco de frío. ¿No le parece?

—Sí, sí, pero hay una buena calefacción dentro del coche. Cuando usted guste.

Segundos más tarde, la señorita Dulce Welby emprendía el regreso a la ciudad de Nueva York en el coche del amable caballero que la había recogido en la carretera.

Capítulo V

—¿Y qué más? —preguntó Frank Minello.

—Pues sospechando que aquel amable caballero podía ser un amigo de aquella gente, me apeé de su coche apenas llegar a Manhattan, y aunque ya era de madrugada, pude conseguir un taxi que me trajo hasta aquí. Y después de descansar unas horas —Brigitte Montfort miró alrededor— he reunido aquí a mis amigos, con el fin de ver si entre todos encontramos una solución.

Los amigos de Brigitte Montfort no podían ser otros que Charles Alan Pitzer, Simón-Floristería, Miky Grogan, y por supuesto, Frank Minello. Los cuatro miraban con cierta perplejidad a la espía internacional. ¿Ella esperaba que ellos pudieran solucionar el problema? Lo que no se le ocurriese a ella, ciertamente no se les ocurriría a ellos.

—En lo que a mí respecta —dijo Pitzer— ya avisé a un dibujante para que viniera aquí a fin de que usted le dicte la fotografía de ese coronel Zimmer. En cuanto a la casa a la que la llevaron, si usted consiguiera la más pequeña orientación…

Brigitte, que estaba moviendo negativamente la cabeza mientras sonreía, dijo:

—No, tío Charlie, no era una casa.

—¿Cómo que no era una casa? —Se pasmó Pitzer—. Pero usted misma ha dicho que había un despacho y que en un cuarto contiguo vio a los diplomáticos.

—Todo eso es cierto. Pera yo aseguraría que no estuve en una casa.

—¿Pues dónde estuvo?

—Me aventuraría a asegurar que estuve en un camión o algo parecido. Oía demasiado cerca el rumor de la carretera, y además, en las dos habitaciones en que estuve, arriba en el techo había un renovador de aire de esos que acostumbran a haber en los vagones

del tren, de metro, en transportes públicos diversos. Para mí que estuve dentro de un enorme camión que ha sido habilitado como cuartel general del coronel Zimmer. Claro está, puedo equivocarme.

—¡Qué zambombas puedes equivocarte tú! —Exclamó Minello —. Si tú dices que estuviste en un camión, es que estuviste en un camión.

—No tengo más remedio que estar de acuerdo con Frank —farfulló Pitzer—. No es usted precisamente de las personas que suelen equivocarse, hijita.

—Eso puede dificultar las cosas —dijo Simón-Floristería—. Buscar un camión por los Estados Unidas no va a ser tarea fácil. Aunque quizá podamos admitir que ese coronel Zimmer no se aleje demasiado de Nueva York.

—Tenemos esa posibilidad, en efecto —asintió Brigitte.

—Y otra cosa —dijo Pitzer—. Si es un camión, tiene que ser enorme, a juzgar por las medidas que nos ha explicado usted. Así que si movilizamos todo el personal disponible, tanto de la CIA como de la policía, para que busquen un determinado camión con renovadores en el techo, y que en lugar de estar realizando un viaje con desplazamiento normal, como podría ser ir de Nueva York a Los Ángeles, se dedicase a dar vueltas siempre por las cercanías de Nueva York… Bueno, quiero decir que si contamos con esos detalles, es posible que se llegase a localizar ese gigantesco camión cuartel general.

—Muy bien, buitre carroñero —lo miró Minello—. ¿Qué está esperando? Empiece a movilizar a sus pequeños buitrecitos para que le localicen ese camión. ¡Como yo le eche la zarpa encima al tipo calvo del monóculo, se va a enterar de la vida!

—Bien, tío Charlie —sonrió Brigitte mirando a Pitzer—. ¿Se encarga usted de dirigir la búsqueda de ese camión?

—No tengo ningún inconveniente. Pero quizá debería hacer algo más. ¿No le parece?

—No. De la otra parte del asunto nos encargaremos nosotros.

—¿Qué otra parte del asunto? —exclamó Minello—. ¿Y quiénes somos nosotros?

—Nosotros somos tú y yo, Frankie —lo miró casi riendo Brigitte —. Aunque era de noche, y siguiendo las indicaciones del receptor de señales no presté demasiada atención a mi alrededor, creo que

podré localizar el cementerio de coches. Tú me acompañarás.

—¡Zambomba! —pudo jadear por fin Frank Minello—. ¿Estás hablando en serio?

—¡Claro que sí, querido!

—¡Ay! —gimió Minello llevándose las manos al corazón—… ¡Ay, ay, ay! Me ha llamado querido, y me permite ir con ella para proteger su preciosísima vida. Llevaré dos revólveres del 45 y…

—Vamos, déjate de tonterías —rio Brigitte—. No hay para tanto.

—¿Que no hay para tanto? —Aulló Minello—. ¡Cómo no ha de haber para tanto, si voy a llevar en mi coche a la más divina criatura del mundo y podré verle las piernas, y…!

—Nada de eso —volvió a reír la divina espía—. Porque a quien llevarás a tu lado en el coche no será a una bella muchacha que te enseñará las piernas, sino a tu venerable y anciana madre.

—¿A mi madre? —Quedó turulato Minello—. Pero si mi pobre madre falleció…

—Oh, pareces tonto —se irritó Brigitte—. ¿No comprendes que voy a utilizar uno de mis disfraces?

—¿Quieres decir que irás disfrazada de ancianita? ¡Vaya! —Reflexionó no poco defraudado Minello—. Y estaría muy feo tocarle las piernas a una ancianita que además es la madre de uno, ¿verdad?

—Cada día eres más bruto —masculló Miky Grogan—. Bueno, Brigitte, ¿qué es lo que puedo hacer yo?

—Usted, Miky, estará atento a cualquier indicación mía por si las cosas tuviesen que llevarse adelante inevitablemente. En ese caso, si el Gobierno de los Estados Unidos tuviese que tomar la decisión de publicar lo que exige el coronel Zimmer, creo que no obro demasiado mal si hago lo posible para que sea el *Morning News* quién dé las primicias de esa extraordinaria situación que se ha producido en Nueva York.

—¡Dios! —exclamó Miky Grogan—. ¡Eso sería verdaderamente formidable!

—¡Brigitte! —La miró vivamente Minello—. ¿Por qué no aprovechas para pedirle aumento de sueldo a este viejo ogro explotador de pobres periodistas?

—¡No es mala idea, Frankie! —Abrió mucho los ojos graciosamente Brigitte—. Al menos a mí no me parece ninguna

mala idea. ¿Qué dice usted, Miky?

—Bueno, yo —comenzó a farfullar Grogan—… Claro que… Bueno, lo que quiero decir…

—¿Qué les parece? —Aulló Minello—. Se le está ofreciendo la mejor oportunidad que pudiera pedir cualquier periódico del mundo y ahora se pone a tartamudear por subirle el sueldo en unos miserables dólares a los mejores periodistas del mundo… ¡que están a su servicio exclusivo! ¡Cuando yo les digo que este tipo es un negrero!

—¡Escucha, pedazo de…! —empezó a gritar Miky Grogan.

—Calma, calma —movió las manitas Brigitte—. Esa es una cuestión que se resolverá a su debido tiempo, Miky. Lo que interesa es que cada uno de nosotros esté dispuesto a realizar su trabajo del mejor modo posible… y cuánto antes.

—Por mi parte, las máquinas del *Morning News* estarán preparadas en todo momento, Brigitte —aseguró Miky Grogan.

—Y yo estoy dispuesto a ir con mi ancianita madre adonde sea —aseguró Minello.

—En lo que a nosotros respecta —dijo sosegadamente Pitzer— por supuesto pondré a todo el personal disponible en movimiento inmediatamente. Pero se me está ocurriendo, Brigitte, que quizá convendría que esperásemos a tener esa fotografía robot que usted va a dictarle a nuestro dibujante. Quizás una vez tengamos esa foto del llamado coronel Wolf Zimmer, pudiéramos buscarla en nuestros archivos o los del FBI. Cabe la posibilidad de que aunque sea con otro nombre y quizá con un aspecto más o menos cambiado, constase en alguna parte.

—Tampoco esa es una mala idea —admitió Brigitte—. Así pues, esperaremos al dibujante de la CIA para…

En aquel momento sonó el carrillón musical de la puerta del apartamento de la espía internacional, y pocos segundos después, Peggy aparecía precediendo al agente dibujante de la CIA. Puesto rápidamente en antecedentes de lo que pasaba, que por otra parte resultaba obvio, el especialista de la CIA se puso a trabajar en un gran bloc, bajo las indicaciones de Brigitte. Después de tres pruebas que fueron desechadas sucesivamente, la cuarta fue definitiva. Tras estudiar unos segundos el rostro que quedaba plasmado en la cuarta hoja, la espía internacional asintió.

—De acuerdo. A decir verdad, más que un dibujo robot, me atrevería a decir que esto es una verdadera fotografía. Buen trabajo, Simón.

—Gracias —sonrió el dibujante de la CIA—. Pero el mérito no es mío. Yo, sencillamente, sé dibujar. Usted sabe verdaderamente dictar un rostro, *Baby*.

—Pues muchísimas gracias —rio la espía—. Bueno, solo falta ahora obtener unos cuantos cientos de copias de este retrato robot, y todos podemos empezar a trabajar… ¿Qué haces, Frankie?

Frank Minello, que había tomado el bloc dónde había quedado plasmado el rostro de Wolf Zimmer, lo estaba examinando atentamente. Miró a Brigitte y murmuró:

—Desde luego, es todo un tipo característico este coronel Zimmer. Con la cabeza rapada, con el monóculo y con esas facciones tan correctas, tan… puramente arias, que yo diría que es el prototipo estereotipado de los agentes de la Gestapo que todos hemos visto en viejas fotografías.

—Sí —murmuró Brigitte—… Yo diría que incluso demasiado característico, Frankie.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Pero…

Brigitte dejó de hablar, para mirar interrogante a Peggy, que había reaparecido en el salón dónde tenía lugar la reunión.

—Señorita —dijo la rubita ama de llaves—, Pete ha llamado desde la conserjería diciendo que hay un caballero que solicita ser recibido por usted. ¿Debe permitirle que suba?

—¿Quién es ese caballero? —se interesó Brigitte.

—Dice ser el coronel Wolf Zimmer.

La estupefacción fue general y, por supuesto, lógica. Peggy no hubiera conseguido mejores resultados si en lugar de aquellas palabras hubiese conseguido hacer descender la temperatura del salón hasta cincuenta grados bajo cero de golpe. Todos quedaron como congelados.

—¿Qué… qué pasa? —Tartamudeó la muchacha—. ¿He dicho alguna tontería, señorita?

Brigitte parpadeó y consiguió reaccionar.

—No, no, querida. Dile a Pete que puede dejar subir al coronel Zimmer.

—Sí, señorita.

Peggy se retiró, y los hombres allí reunidos se quedaran mirando todavía estupefactos a la divina espía, que encogió los hombros y sonrió.

—Puede ser una broma. Pero también puede ser una realidad. No olvidemos que el coronel Zimmer tiene como rehenes a esos diecisiete diplomáticos y alrededor de cuarenta personas más, a las que dice que ejecutaría si unos u otros le pusiéramos las cosas difíciles.

—Ese tipo está loco —gruñó Minello—… ¿Qué puede pretender al presentarse aquí? Y sobre todo, ¿cómo ha sabido que tú tienes algo que ver con todo este asunto?

—Interesante pregunta, Frankie. Aunque quizás el coronel Zimmer no haya venido a visitar a la agente *Baby*, sino simplemente a la periodista Brigitte Montfort. No quiero parecer presuntuosa, pera considerando la fama que tengo como periodista en asuntos internacionales, es muy posible que el coronel Zimmer… haya decidido solicitar particularmente mis servicios para llevar a cabo alguno de sus extraordinarios designios.

—A mí me parece demasiada casualidad —musitó Pitzer moviendo negativamente la cabeza.

—Y a mí también, tío Charlie —musitó a su vez Brigitte—. Nosotros sabemos perfectamente que en cuestiones de espionaje la casualidad no existe casi nunca.

Estaban todos tan asombrados y desconcertados que la conversación terminó aquí. Cuando oyeron la llamada a la puerta, y a los pocos segundos el taconeo de Peggy acercándose al salón, todas las miradas se volvieron hacia la puerta de este.

Y en cuanto vieron al hombre que acompañaba al ama de llaves de Brigitte, la decepción apareció en todos las rostros.

No era el coronel Wolf Zimmer, por lo menos no era el coronel Zimmer cuyo rostro había dictado *Baby* al dibujante de la CIA. El hombre que Peggy introdujo en el salón era de estatura mediana, pero ciertamente no era calvo, ni llevaba monóculo, ni por supuesto vestía uniforme de coronel de la Gestapo. Era un hombre de cabellera grisácea, bastante larga, y que lucía un formidable mostacho de guías retorcidas y subidas como en busca de los pómulos.

—Buenos días —saludó el personaje—. Observo que está usted siguiendo mis instrucciones, señorita Montfort.

El desconcierto aumentó entre los allí reunidos. Excepto esta vez, en Brigitte Montfort, que se puso en pie y se acercó sonriente a quien decía ser el coronel Wolf Zimmer.

—Buenos días, coronel —saludó amablemente—. Es usted muy amable al visitarme.

—Me pareció que debía traerle esto —sonrió el hombre alzando la mano derecha.

Y en ella todos pudieron ver el maletín rojo con florecillas azules de la agente *Baby*.

—Muy agradecida. ¿Está todo dentro?

—Todo. Incluso su simpática pistolita que mis hombres le cogieron en el cementerio de coches. Me he permitido echar un vistazo al contenido del maletín… Y me ha parecido que tendría usted satisfacción en recuperarlo.

—Así es. De veras se lo agradezco muchísimo. ¿Quiere usted tomar café, coronel?

—Con muchísimo gusto —asintió Wolf Zimmer—. Supongo que estos caballeros son de la CIA o algo parecido.

—Hay de la CIA y hay de otros organismos y profesiones —sonrió Brigitte Montfort—. Pero dadas las circunstancias, perdonará usted mi descortesía de no presentarlos. Sin embargo, sí voy a presentarlo a usted. Caballeros: el coronel de la Gestapo Wolf Zimmer.

—Encantado, caballeros. ¿Cómo están ustedes?

Nadie contestó. Verdaderamente, el silencio podía haberse cortado con un cuchillo. Zimmer alzó las cejas en un leve gesto de sorpresa, miró a la sonriente Brigitte, y luego su mirada se desplazó de modo que fue a caer sobre la foto robot que estaba ahora en una mesita circular junto al sofá. Se acercó, tomó el bloc, examinó la foto, y luego miró con gesto amablemente aprobativo a la espía internacional.

—¡Fantástico! —exclamó—. Verdaderamente disponen ustedes de unos medios magníficos, señorita Montfort. El dibujante es excelente, y por supuesto, la descripción de usted ha sido absolutamente perfecta.

—Sí —sonrió Brigitte—… Solo que parece que no ha servido de

nada, coronel.

—Son cosas del juego. En esta clase de asuntos toda precaución es poca. ¿No le parece?

—Naturalmente que sí. Yo también he recurrido a veces a estos procedimientos de disfrazarme. Por ejemplo, ayer noche usted me conoció con un aspecto bastante diferente. Yo era una muchacha pelirroja y de ojos oscuros… Ahora soy una muchacha de cabellos negros y ojos azules. Notable diferencia. Y ciertamente, no espero que esto le haya sorprendido demasiado a usted. Lo que sí me tiene bastante intrigada es saber cómo ha llegado usted a la conclusión de que la agente *Baby* soy yo, es decir, la periodista Brigitte Montfort.

—Fue sencillo. El hombre que la recogió a usted en la carretera era uno de los míos. Usted, muy inteligente siempre, tuvo la precaución de abandonar su coche apenas estuvieron en Manhattan, y por supuesto, el hombre siguió su camino. Sin embargo, detrás de ustedes iba otro hombre en otro coche que la vio tomar un taxi y pudo seguirla hasta el Crystal Building. Comprenderá usted que con estos datos y buscando en el listín telefónico quién vivía en el Crystal Building, no me fue en absoluto difícil saber cuál era la auténtica personalidad de la agente *Baby*.

—¡Magnífico! —Aprobó la espía—. Bien, coronel, siéntese y tome su café. ¿O tiene prisa?

—Puedo dedicarles unos pocos minutos —sonrió Zimmer—. Y aparte de aceptar su amable hospitalidad, puedo decirles algo que les resultará de suma utilidad.

Brigitte asintió, miró a Peggy y le hizo una seña. Peggy se acercó, sirvió café a Wolf Zimmer, que se había sentado tranquilamente en un sillón, y se quedó cerca del supuesto oficial de la Gestapo, mirándole atónita. Wolf Zimmer tomó el café, lo probó, hizo un gesto casi de entusiasmo y terminó de tomarse la infusión. Dejó la taza sobre el platillo, este en la mesita, y tras pasear en círculo la mirada, la centró en Brigitte, que permanecía de pie.

—Como le decía, además de devolverle su maletín, voy a serle útil en otro aspecto, señorita Montfort. Escuche atentamente: si utilizando los grandiosos medios de la CIA, usted o sus compañeros, o cualquier otra persona o grupo de mi desagrado, nos localizase y nos molestase en lo más mínimo, tenga la seguridad de que nuestro trato quedaría sin efecto inmediatamente y cuarenta personas serían

ejecutadas. Me ha parecido que debía insistir en este punto. ¿Estamos de acuerdo?

—Por completo, coronel.

—Bien, pues ya no tengo nada más que hacer aquí. Gracias por el café, que ha sido excelente y… encantado de haberla conocido tal cual es en realidad. Verdaderamente hermosa, si me permite decirlo.

—Se lo permito —sonrió Brigitte.

—Muy amable. Caballeros, buenos días a todos. ¡Ah! Una última cosa, señorita Montfort. Sería inútil que organizaran ustedes ahora, a la desesperada utilizando sus radios de bolsillo, una persecución de mi persona, porque ahora no voy a bajar hacia el vestíbulo, sino que voy a subir hacia la azotea del Crystal Building, donde tengo entendido que hay un más que aceptable helipuerto. ¿Lo comprende usted?

—Naturalmente. Usted ha venido por tierra, pero sus hombres vendrán a buscarlo por aire. Eso es muy fácil de comprender, coronel.

—Y más para una persona dotada de su inteligencia. Espero que volveremos a vernos y que nuestras relaciones seguirán siendo cordiales. Hasta la vista, pues.

—Hasta la vista, coronel.

Solo cuando Wolf Zimmer hubo abandonado el apartamento, consiguieron todos reaccionar. Es decir, simplemente, moverse. Hasta que Frank Minello exclamó:

—¡Zambomba! ¡Vaya un tipo descarado!

—Es solo que está seguro de su juego, Frankie —murmuró Brigitte—. Pero los demás también tenemos nuestro juego, así que seguiremos con él. Naturalmente, no vamos a hacer demasiado caso de las amenazas del coronel Zimmer, de modo que cada uno de nosotros hará el trabajo que habíamos convenido… ¿Cree usted, Simón, que podrá hacer otra fotografía robot del coronel Zimmer que ha conocido hace algunos segundos?

—Naturalmente que sí —asintió el dibujante de la CIA.

—Pues hágala también. Seguramente no servirá de nada, porque Zimmer debe de tener todavía otro u otros aspectos, pero algo tenemos que hacer.

—Descuide. Haré esa foto robot y luego mandaré sacar copias de

las dos. Brigitte asintió, y luego se dirigió hacia la terraza, descorrió las grandes puerta-ventanas de cristal, y salió a la terraza con piscina. Minello se reunió apresuradamente con ella, y casi inmediatamente lo hicieron los demás.

Apenas un minuto más tarde todos pudieron ver cómo un helicóptero parecía brotar de lo alto del Crystal Building y se alejaba.

Capítulo VI

El helicóptero aterrizó detrás del feo y sucio edificio rodeado de coches listos para ser convertidos en chatarra y posteriormente fundidos. El piloto miró interrogante al coronel Wolf Zimmer, que iba sentado junto a él.

Y Zimmer movió la cabeza negativamente.

—No, no pares el motor. Veo ahí detrás del edificio el coche de Blohm, Steiner y Kurtz, que deben de estar esperándome, tal como les ordené. Puedes marcharte, te avisaré por la radio si te necesito.

—Muy bien, coronel.

Zimmer saltó del aparato, inclinándose, y se dirigió hacia el coche de los tres hombres de la fotografía que tan oportunamente tomara Dulce Welby.

Ya junto al coche, se volvió y estuvo unos segundos mirando cómo el helicóptero se elevaba y se alejaba. Luego, rodeó el edificio y entró en este. Inmediatamente, un hombre acudió a su encuentro.

—A sus órdenes, mi coronel —saludó sonriente—. Sin novedad en el cementerio.

Wolf Zimmer sonrió también, haciendo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, Weiss, ¿estás solo?

—No, no. Kaltman anda por ahí, haciendo su trabajo relacionado con los coches y con el horno, tal como yo hago el mío. Además, llegaron Kurtz, Steiner y Blohm, que están abajo esperándole.

—Sí, lo sé. He visto su coche. Bien, vamos a echar un vistazo a nuestro botín humano.

Weiss volvió a sonreír, y señaló hacia un lado del edificio. Todo estaba lleno de neumáticos viejos, de piezas desechadas de automóvil, que permanecían allí al parecer con la esperanza de que pudiesen ser todavía aprovechadas. Llegaron ante un grupo de

todos estos objetos, y Weiss apartó algunas ruedas y otras cosas, dejando al descubierto una trampilla metálica. Se inclinó, tomó la anilla, y tiró de ella hacia arriba, dejando descubierto el rectangular agujero del que partían unas escaleras hacia el sótano.

Sin más comentarios, Wolf Zimmer descendió por aquellas escaleras. Cuando estuvo abajo, se volvió, hizo una seña a Weiss, y este dejó caer la trampilla metálica.

El sótano, que originariamente había sido una habitación relativamente grande, destinada a los servicios de mantenimiento del gigantesco horno del cementerio de coches donde estos eran fundidos, había sido posteriormente agrandado y acondicionado como si fuese otra casa situada debajo del ruinoso edificio de la superficie.

Una casa muy simplemente distribuida, con un pasillo que tenía dos puertas a cada lado. Pero antes de acceder a este pasillo, a la derecha del lugar donde había quedado Wolf Zimmer al pie de las escaleras, había otro breve pasillo que conducía a una gruesa puerta de acero que era la base del horno de la fundición, y cuyo acceso, por supuesto, contenía mecanismos herméticos de seguridad. Abrir aquella puerta habría significado que la fundición de los coches que se arrojaban a su interior podría inundar el sótano como la lava de un volcán inundaba las laderas de una montaña.

Pero naturalmente, Wolf Zimmer y los empleados del cementerio de coches, Weiss y Kaltman, tenían buen cuidado de que aquella puerta funcionase siempre debidamente.

Prescindiendo de ella, el coronel Zimmer se adentró por el pasillo, y abrió la primera puerta a su derecha. Dentro de una habitación acondicionada como salita de descanso, Steiner, Kurtz y Blohm estaban fumando y conversando aburridamente. Al ver aparecer a Zimmer se pusieron en pie.

—Ah, coronel —exclamó Steiner—. Aquí estamos. ¿Qué tenemos que hacer?

Wolf Zimmer no contestó. Se acercó a un mueble, abrió un par de cajones y de uno de estos sacó un par de cámaras fotográficas. Lo cerró y del otro sacó tres o cuatro maquinillas de cortar el cabello. Dejó una y entregó las otras tres a Steiner, Kurtz y Blohm, que se quedaron mirándolas sin comprender. Llevando él la cámara fotográfica, Wolf Zimmer hizo un gesto y los cuatro abandonaron

aquel cuarto.

Recorrieron el pasillo, llegaron ante la segunda puerta de la izquierda, y ante una seña de Zimmer, Steiner la abrió. Los cuatro entraron en aquella habitación, que era bastante más grande que la anterior.

Y allí dentro, apiñados, unos sentados y otros de pie, no menos de tres docenas de personas de ambos sexos, que se quedaron mirando con expresión amedrentada a los visitantes.

El número exacto de prisioneros era de treinta y cuatro. Y por supuesto, Wolf Zimmer había tenido la precaución de que ninguno de ellos fuese un hombre en condiciones de causar problemas con su vitalidad o posibles recursos. Había dos niños, mujeres de diversas edades y el resto eran hombres, el más joven de los cuales ya había dejado considerablemente atrás los cincuenta años. El coronel Zimmer, plantado orgullosamente de pie ante el asustado grupo de prisioneros, con las manos en la cintura y las piernas separadas, estuvo unos segundos mirándolos.

Por fin, dijo:

—Todo el mundo en pie. Y que las mujeres se pongan en primera fila.

Hubo un movimiento de indecisión en el grupo de prisioneros. Pero la indecisión era mucho menos intensa que el temor, y en pocos segundos Wolf Zimmer fue obedecido. Las mujeres, también de diversas edades, quedaron todas delante del grupo de hombres, que quedó hacia el fondo.

—Todas en fila bien ordenadas y mirando hacia aquí —siguió ordenando Wolf Zimmer.

Nadie sabía lo que pretendía aquel hombre. Ni siquiera Blohm, Kurtz y Steiner, que esperaban verdaderamente intrigados los resultados de aquella visita a los prisioneros.

—Tú, tú y tú —señaló Zimmer a las tres muchachas más jóvenes y bonitas—. Acercaros aquí. Y vosotros, Steiner, cortadles el pelo al cero a las tres.

Las muchachas lanzaran unos gemidos de espanto, y los tres sicarios del coronel comenzaron a sonreír. Evidentemente, el asunto les parecía muy divertido.

—No —gimió una de las muchachas—… ¡Eso no, por favor!

—No lo repetiré —dijo fríamente Zimmer—. Todo aquel que en

estos momentos se atreva a desobedecer o tan siquiera discutir una sola de mis órdenes, será eliminado inmediatamente. ¿Está claro? Pues tú, tú y tú adelantaros para que os corten el pelo. A menos que prefiráis que os llenen el cuerpo de balas y seáis luego arrojadas al horno de la fundición… ¿O preferiríais que os arrojáramos vivas al horno? Sí, creo que eso es lo que voy a hacer si no os acercáis aquí inmediatamente.

Emitiendo unos gemidos de terror, las tres muchachas se acercaron a Wolf Zimmer. Este hizo una seña a sus hombres, que sonriendo, se apresuraron a utilizar las maquinillas de cortar el cabello. Obligaron a las muchachas a arrodillarse ante ellos, y rápidamente empezaron a pasar las cuchillas por las cabezas de las muchachas, que comenzaron a llorar desconsoladamente cuando vieron que sus bonitos cabellos caían en largos mechones alrededor de ellas.

La brutal orden de Wolf Zimmer fue obedecida rápidamente, y en menos de tres minutos las cabezas de las tres muchachas relucían blanquísimas a la mortecina luz de la única bombilla que colgaba del techo. Wolf Zimmer aprobó el trabajo de sus hombres y señaló hacia el grupo de silenciosos y sobrecogidos prisioneros.

—Colocaos allí, donde estabais antes, en la fila de las mujeres. Y ahora quiero que todas las mujeres os desnudéis, y quiero que eso esté hecho en menos de un minuto.

Se oyeron algunos grititos, exclamaciones, respingos, gemidos…, pero antes de un minuto las ropas de todas las mujeres estaban en el suelo, y estas sin saber cómo ni qué ocultar de su cuerpo preferentemente, permanecieron ante la mirada de Zimmer y sus hombres. Steiner, Kurtz y Blohm cambiaron unas miradas en las que había aparecido el súbito deseo, una expresión lúbrica provocada por el grupo de desnudas mujeres.

—Todas mirando hacia la cámara —fue la siguiente orden del coronel Zimmer.

Las mujeres alzaron la mirada tímidamente. Algunas de ellas estaban pálidas, demudado su rostro, y otras, como contraste, estaban intensamente sofocadas. Detrás de ellas, el grupo de hombres se mantenía en un silencio de auténtica tumba. Este era el silencio de todos en aquel momento. Las mujeres se quedaron mirando hacia la cámara que Wolf Zimmer empuñó, apuntó hacia

ellas, y comenzó a tomar rápidamente varias fotografías. Se dio muy pronto por satisfecho, bajó la cámara y miró a las tres muchachas cuyas cabezas habían sido rapadas.

—Vosotras tres, venid conmigo.

Sin más explicaciones, Wolf Zimmer dio la vuelta y abandonó el amplio cuarto habilitado como calabozo, y en el pasillo se volvió, con el ceño fruncido. Las muchachas todavía permanecían inmóviles en la fila de las mujeres, temerosas, pero Steiner se adelantó hacia ellas y le dio a una una palmada en las nalgas.

—Ya habéis oído al coronel —rio—. ¡Venga, vosotras tres, salid enseguida!

Las tres muchachas salieron. Luego lo hicieron Steiner, Kurtz y Blohm y la puerta fue cerrada. Wolf Zimmer caminaba ya por el pasillo, hacia la primera puerta de la derecha de este. Abrió, se colocó hacia un lado de la puerta y señalo al interior.

—Entrad las tres. ¡Vamos, pronto! Y vosotros —miró un instante hacia sus hombres— esperad mis nuevas instrucciones en el cuarto de descanso. Ya os avisaré. Mientras tanto no salgáis de ahí absolutamente para nada.

Los rostros de Blohm, Steiner y Kurtz se ensombrecieron, pero por supuesto se guardaron muy bien de contradecir las disposiciones del coronel Zimmer. Este entró en aquel cuarto detrás de las muchachas, y cerró la puerta. Ellas permanecían agrupadas, como buscando protección unas en otras, apenas en la puerta misma de aquella habitación, que era una especie de despacho y sala de estar muy confortable al mismo tiempo. Sin mirarlas siquiera, Zimmer se dirigió hacia la mesa, se sentó tras ella, y se dedicó a extraer de la cámara el rollo que contenía la película, con el cuidado debido para que esta no se velase. Luego, en una cuartilla, escribió durante unos segundos, la dobló y la metió en un sobre en el que también introdujo el estuche con la película de las fotografías recién tomadas.

Dejó este sobre a un lado de la mesa, y solo entonces pareció recordar que estaba acompañado. Alzó la mirada, miró de una a otra a las jovencitas, y de pronto sonrió sádicamente.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Cuál de vosotras tres va a ser tan cariñosa que querrá ser la primera en complacerme?

Las muchachas abrieron mucho los ojos y efectuaron un

movimiento de retroceso, atemorizadas. Wolf Zimmer se puso en pie y fue a plantarse delante de ellas.

—¿Qué os pasa? ¿No queréis ser complacientes? ¿O acaso no entendéis de qué se trata? Yo diría que la cosa es evidente —volvió a sonreír—… Simplemente, esta mañana me siento juvenil y con fuerzas para gozar debidamente de la compañía de tres muchachas. Digamos que jugaremos los cuatro, pero que solo una de vosotras será la afortunada de ser violada por mí. ¿Cuál es la que quiere gozar de ese privilegio?

—¡Menudo privilegio, zambomba! —exclamó Frank Minello al volante de su coche—. Nada menos que acompañar a la agente *Baby* en una de sus terribles exploraciones de espionaje.

—Ya está bien, Frankie —lo miró la anciana de blancos cabellos y negros ropajes sentada junto a él—. Empieza a dolerme la cabeza de tanto escuchar tus tonterías.

—¿Tonterías? ¿Quieres decir que no es un privilegio trabajar con la agente *Baby*?

—Ah, eso sí —sonrió dulcemente la ancianita—. Pero aunque sea un privilegio basta con que lo digas una sola vez. Además ya estamos llegando al cementerio de coches.

—Me gustaría ver cómo quedó tu Cadillac.

—Pues a mí no —frunció el ceño la anciana—. Y desde luego, te aseguro que el coronel Zimmer me lo pagará. No solo por el disgusto que me produjo al destrozarme un coche del que yo me resistía a desprenderme, sino que me lo pagará en metálico y efectivo. En dinero, ¿comprendes?

—No sabía que fueses tan avariciosa.

—No es avaricia. Es que como suele decirse, quién rompe paga. ¿No estás de acuerdo?

—¡Claro! —Asintió Minello—. Además, si yo fuese ese coronel Zimmer me conformaría en salir librado de este asunto tan solo pagándote un coche nuevo… Bueno, me parece que sí estamos llegando.

—Pues deja ya de decir tonterías y ya sabes muy bien todo lo que tienes que hacer y decir.

—Descuida, desde este momento dejo de ser tonto.

Brigitte no hizo comentario alguno, porque sabía que Frank

Minello de tonto no tenía un pelo, y que cuando la cuestión iba en serio sabía desenvolverse adecuadamente. El coche, en efecto, había llegado a la plazoleta circular delimitada por los coches viejos amontonados que esperaban ser aplastados e introducidos en el horno, para ser convertidos de nuevo en plancha metálica.

Encima de aquella montaña de coches la grúa de los tres grandes dientes metálicos estaba trabajando, desplazándolos para ser machacados y luego dejados caer en la abertura que los conduciría al interior del horno.

Y otro hombre había aparecido rápidamente en la puerta del ruinoso edificio.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Frankie.

—Descuida, descuida, ya lo hemos hablado —farfulló Minello.

Se apeó rápidamente del coche y acudió al encuentro del hombre que había salido del edificio. Desde su asiento, la anciana de blancos cabellos estuvo observando a Minello y al hombre mientras ambos conversaban. Muy pronto Minello señaló hacia el edificio, y aunque al parecer a regañadientes, el hombre fue con él.

Entraron los dos y entonces la anciana miró alrededor.

No había nada allí excepto coches desechados. Por encima del de Frank Minello la grúa gruñía y rechinaba, y a la derecha de la anciana se oía el crujir de los coches que eran desplazados y arrojados a la rampa hacia el horno donde serían fundidos.

Despacio, la anciana salió del coche y estuvo unos segundos mirando a la grúa. Luego, como quien se dispone simplemente a dar un pequeño paseo para desentumecer las piernas, caminó de aquí para allá…, pero siempre mirando atentamente a todos lados, y en especial, con frecuencia y de reojo, al hombre que metido en la cabina de la grúa manejaba esta y miraba también a la anciana.

Con sus inciertos paseos, esta llegó finalmente a un lado del edificio, y se disponía a desaparecer de la vista del hombre de la grúa para rodear el edificio, cuando la voz del hombre llegó sonora hasta ella:

—¡Señora, haga el favor de volver a su coche! ¡Puede usted tener un accidente!

La anciana se volvió y miró al hombre, que había dejado de manejar la grúa y se asomaba par un lado de la cabina.

—¿Qué dice? —preguntó la anciana llevándose una mano tras la

oreja.

—Que regrese usted al coche. Si continúa paseando por aquí puede tener un accidente. Todo está lleno de coches y chatarra que puede caerle encima.

La anciana vaciló, pero el hombre de la grúa saltó de esta y se acercó presurosamente a ella. La tomó amablemente por un brazo y señaló hacia el coche de Minello.

—Lo digo por su bien, señora. Ya ve usted la de coches apilados que hay aquí. Y uno nunca sabe lo que puede pasar con este montón de trastos viejos.

—Muchas gracias, joven, muchas gracias. Sí, lo tendré en cuenta.

—Será mejor que vuelva usted al coche y espere sentada a su hijo. Bueno, supongo que es su hijo, ¿no?

—Así es. Así es. Gracias, gracias, joven… No se moleste, puedo caminar sola.

—No es ninguna molestia, señora —sonrió Kaltman—. No quisiera que tuviera usted un accidente en este repugnante lugar.

La acompañó hasta el coche y la anciana no tuvo otro remedio que volver a ocupar el asiento, a menos que hubiese optado por complicar las cosas, lo que no era su intención…, por el momento, al menos.

Cinco o seis minutos más tarde, Frank Minello salió del edificio, se despidió con un gesto del hombre que quedó en la puerta, y segundos después se colocaba al volante de su coche, maniobraba y emprendía el regreso.

Todavía estaban circulando por el camino flanqueado de montañas de automóviles, cuando la anciana preguntó.

—¿Y bien?

—Yo creo que ahí no hay nada más de lo que se ve. Es una nave grande con un despacho a un lado y todo lleno de chatarra, neumáticos, motores… ¡Yo qué sé, todo desperdicios de coches!

—Entonces tendremos que prestar toda nuestra atención a colaborar en la búsqueda de ese gigantesco camión… Si es que no estoy equivocada, claro.

—Tú nunca te equivocas.

—Eres muy amable, Frankie —sonrió la anciana—. ¿Ha sospechado algo ese hombre?

—No creo. Cuando le he dicho que podía proporcionarle cien o ciento cincuenta coches desechados a la semana, me ha parecido que en principio le interesaba, pero enseguida me ha dicho que tenían el horno muy ocupado continuamente y que le resultaría difícil absorber más vehículos. Al parecer, solo trabajan en el horno dos o tres veces por semana, y cuando ya le he dicho que podría financiar el empleo de más personal para que trabajasen todos los días las veinticuatro horas, ha dicho que no, que tiene muchos otros negocios que atender y que piensa desprenderse pronto de este, de modo que no le interesaba ampliarlo.

—Todo parece bastante razonable, ¿verdad? —murmuró la anciana.

—Yo diría que sí.

—Bueno, en fin, vamos a dedicarnos a buscar ese gigantesco camión. De un modo u otro debemos darnos prisa en encontrar al coronel Zimmer.

El coronel Zimmer subió la cremallera de sus pantalones, de pie ante el sofá, y sonrió entre satisfecho y cansado, mirando a la muchacha que yacía en el mueble, todavía sobrecogida y asqueada por el momento que acababa de vivir.

—Bueno —exclamó Zimmer—… No ha sido tan malo después de todo, ¿verdad? Lo que no me ha gustado mucho ha sido el hecho de que ninguna de las tres fuese virgen para esta ocasión. Además de judías sois unas malas putas, pero en fin, eso es cosa vuestra. Ahora podéis…

En aquel momento sonó la fuerte llamada a la puerta.

Las dos muchachas que estaban de pie, contemplando como alucinadas a la compañera que había sufrido la vejación, se sobresaltaron. La que estaba en el sofá ni siquiera se volvió. Parecía no tener fuerzas ni siquiera para respirar, y de cuando en cuando un violento estremecimiento agitaba su hermoso cuerpo humillado.

Zimmer se limitó a fruncir hoscamente el ceño. Dio la vuelta y fue a abrir la puerta. Sus cejas se fruncieron aún más cuando vio en el pasillo a Weiss, pero este ni siquiera le dio tiempo a hablar.

—Coronel —dijo excitadamente—, han venido un hombre y una anciana en un coche. El hombre ha venido a hacerme toda una serie de proposiciones, y me ha dicho Kaltman que la anciana salió del coche y que parecía que estaba dispuesta a meter las narices en

todas partes.

—¿Quiénes eran?

—Bueno, ahora que lo pienso ese sujeto ni siquiera me ha dicho su nombre y claro está, menos el de la anciana. Kaltman dice que era su madre. Venía a ver si quería asociarme con él, para utilizar el cementerio y el horno.

Wolf Zimmer estuvo pensativo unos segundos y luego murmuró:

—¿Cómo era ese hombre?

—Oh, un tipo alto, atlético, muy fuerte, con cara de divertido, cabellos rizados y… Bueno, yo diría, por la nariz, que alguna vez ese hombre se dedicó al boxeo.

Un destello de furia pasó por los ojos de Zimmer. Tendió la mano hacia Weiss y murmuró:

—Dame tu pistola.

Weiss se la entregó sin comentarios, y Zimmer cruzó el pasillo, abrió la puerta de la pequeña salita de descanso y alzó la pistola. Sentados fumando y conversando de nuevo, Steiner, Blohm y Kurtz, que habían vuelto la cabeza hacia la puerta, iniciaron un gesto interrogante.

Steiner murió con ese gesto interrogante en su rostro, cuando recibió la bala en pleno corazón.

Blohm y Kurtz, que se pusieron en pie de un salto, cambiaron su gesto interrogante por uno de asombro…

Y así murió Kurtz, con un balazo en el centro de la frente que le tiró de espaldas y con los pies hacia arriba.

Blohm llegó a cambiar su gesto de asombro por uno de desconcierto y furia a la vez…, y así murió Blohm, con ese gesto en el rostro, cuando dos balazos le acertaron, uno en el pecho y otro en la garganta, destrozándola y acabando de derribarlo de espaldas.

En la puerta, Wolf Zimmer todavía apuntó una vez más a cada uno de los hombres recién asesinados y les disparó el mal llamado tiro de gracia.

Cuando se volvió a mirar a Weiss, este estaba pálido como un cadáver.

Y en la puerta de la sala-despacho donde poco antes el coronel se había estado divirtiendo, las dos muchachas estaban contemplándole con expresión desorbitada.

Tras ellas, todavía sobre el sofá y sin reaccionar, estaba la otra,

como ajena a todo cuanto pudiese ocurrir a su alrededor.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Weiss con voz crispada.

—Porque ese hombre que ha venido es un amigo de la agente *Baby*. Y no quiero que por un descuido de estos tres imbéciles, que ya tuvieron uno muy grande, lleguen a localizarlos y por lo tanto a localizarnos a nosotros. Para trabajar conmigo, Weiss, hay que hacerlo muy bien. ¿De acuerdo?

—Si —murmuró Weiss—… De acuerdo, coronel.

—Ven conmigo.

Entraron en el despacho-salita del coronel, este se acercó a la mesa donde había dejado el sobre que contenía la nota escrita a mano y las fotografías, y se lo guardó en un bolsillo. Luego miró a Weiss y con un gesto de la barbilla señaló a las tres muchachas.

—Ellas te ayudarán a llevar a Steiner, Kurtz y Blohm al horno. Quiero que vean cómo caen y desaparecen allí para convertirse en simple fundición de acero. Luego las encierras con todos los demás prisioneros, para que puedan explicarles a estos muy bien lo que les sucederá si nos buscan alguna complicación, ¿está claro?

—Sí, coronel.

—Y tampoco quiero que vosotros hagáis nada que pueda traernos complicaciones. Así que mucho cuidado y vigilad bien.

—Descuide usted.

—Yo me voy con el coche de ellos. Tengo que ir a Nueva York a hacer algunas pequeñas cosas —sonrió torcidamente—… Al parecer, la agente *Baby* precisa que le hagan algunas aclaraciones sobre la situación. Parece como si no hubiera acabado de entenderla. Si durante mi ausencia, de todos modos, ocurriese algún contratiempo, matad a todos los prisioneros. ¿Alguna duda?

—No. No, coronel. Ninguna.

—Volveré antes de la noche.

Capítulo VII

Faltaban pocos minutos para la noche cuando sonó la pequeña radio que la anciana llevaba bajo sus ropas. La sacó inmediatamente y preguntó:

—¿Sí?

—*Baby*, soy Simón.

—Hola, Simón. Encantada de oírle. ¿Cómo van las cosas?

—No va usted a creerme.

La anciana alzó las cejas, sorprendida.

—Bueno, si no identifico mal su voz, usted es mi querido Simón-Floristería, de modo que sí voy a creerle. Sea lo que sea lo que usted me diga le creeré, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Hemos encontrado el camión, o creemos que lo hemos encontrado.

Minello, que iba al volante, lanzó una exclamación, cosa que también había hecho la anciana, la cual se apresuró a preguntar:

—¿Qué clase de camión es?

—Uno enorme. De unos dieciséis o dieciocho metros de longitud. Naturalmente, antes de ponerme en contacto con usted he exigido que los hombres que lo están controlando se asegurasen de que merece nuestra atención. Y yo diría que sí. Ese camión no está circulando en una dirección determinada, sino que parece que se dedica a describir un amplio círculo por las proximidades de Nueva York.

—¿Sabe usted si lleva…?

—Sí —la interrumpió Simón-Floristería—. Lleva tres renovadores de aire en lo alto. La cabina es articulada, o sea, independiente de un gigantesco remolque que pertenece a una compañía de transportes llamada East-West.

—¿Dónde está ahora?

—¿Tiene usted el mapa de carreteras a mano? —preguntó a su

vez Simón-Floristería.

La anciana llevaba sobre sus rodillas el maletín, y sobre este, efectivamente, un gran plano de carreteras que se apresuró a desdoblar.

—Lo tengo delante, Simón. Dígame.

En menos de un minuto la agente *Baby* sabía perfectamente dónde estaba el camión gigantesco de la East-West y en qué dirección estaba circulando en aquellos momentos. Y por supuesto, una vez localizado y con esperanzas de que fuese el que buscaban, los hombres que no lo habían conseguido no la perderían de vista en ningún momento.

—Muy bien —dijo la anciana—. Y ahora escúcheme atentamente, Simón. Voy a necesitar un helicóptero que vaya provisto de una…

Durante otro minuto, la agente *Baby* estuvo dando instrucciones a Simón-Floristería, que opuso una tenaz resistencia a obedecerla.

Sin embargo, finalmente, el tono tajante de la anciana dejó la cuestión por liquidada, sobre todo cuando, sin querer prolongar la discusión, se limitó a cerrar la radio tras su última frase de que esperaba ser obedecida inmediatamente.

Acto seguido la anciana dejó de ser una anciana. Se quitó la peluca, los lentes, el vestido negro…

Sentado junto a ella, atento a la marcha del coche, Minello le dirigía de cuando en cuando una mirada de reojo. Muy pronto, junto a él y en muy poco tiempo, mientras seguían circulando por la carretera, la anciana quedó convertida de nuevo en la bellísima señorita Montfort. Esta agitó sus largos cabellos negros y dijo en tono aparentemente festivo:

—Es una suerte disponer de estos tintes especiales que pueden quitarse con un simple lavado. ¿No te parece, Frankie?

—Estás loca —gruñó Minello.

La divina espía lo miró sobresaltada y sorprendida.

—¿Por qué dices eso? —exclamó.

—Porque lo que vas a hacer solo puede pretenderlo una persona que no esté en su sano juicio.

—¿Se te ocurre alguna otra solución?

—¿A mí? Yo no soy espía.

—Pues yo sí. Pero insisto. Si se te ocurre alguna solución mejor

que la mía, dímela.

—Debe de haber alguna otra solución —insistió Minello.

—Quizás. Pero esas otras soluciones podrían resultar muy peligrosas para los diplomáticos secuestrados por el coronel Zimmer. En cambio, si todo me va bien…

—Tú lo has dicho —cortó Minello—: si todo te va bien. ¡Y a mí me parece que el riesgo que vas a correr es excesivo!

—¿Sabes, Frankie? —Refunfuñó Brigitte—. Casi preferiría que al verme de nuevo joven y hermosa, te hubieses dedicado a intentar tocarme las piernas. No me gusta discutir.

—A mí tampoco —gruñó Minello—. En cuanto a tus piernas, prefiero no tocarlas hoy y seguir contemplándolas durante muchísimos años. Lo cual es muy posible que no pueda lograr si tú insistes en llevar a cabo ese descabellado plan.

—Bueno —sonrió levemente Brigitte Montfort—. Quizá sería conveniente que te despidieras hoy de mis piernas, si tanto miedo tienes. Te aseguro que no me enfadaré si me las acaricias un poco.

—Estás loca —gimió Frank Minello moviendo la cabeza—. ¡Estás completamente loca, Brigitte!

—Quizá, pero loca o no, Frankie, te ruego que conduzcas hacia el lugar que hemos convenido con Simón que enviará un helicóptero a recogerme.

—¿Oyes? —dijo el conductor—. Tenemos cerca de nosotros un helicóptero.

—¿Qué? —preguntó el hombre que viajaba junto a él en la cabina del camión.

—Que estoy oyendo un helicóptero.

—Ah, sí, yo también. Debe de ser de la Patrulla de Caminos.

—Seguramente. Espero que no se les ocurra detenernos para echar un vistazo a nuestra supuesta carga de conservas de frutas.

—¿Y por qué demonios habrían de hacerlo? —farfulló el otro—. Viajamos con todos los requisitos reglamentarios que se nos pueda exigir. Y de todos modos, aunque nos hicieran abrir el remolque, lo primero que verían sería las grandes cajas con los frascos de las conservas de frutas bien apilados. No tenemos de qué preocuparnos.

—Tienes razón —sonrió el conductor—. De lo único que me preocupo es del cansancio, estoy hasta las narices de conducir este monstruo de un lado a otro, siempre dando vueltas por estos

lugares. Menos mal que pronto podremos detenernos.

—Sí —asintió el otro—. Debemos de estar cerca del punto convenido para el descanso de esta noche.

—No creo que queden ni diez millas. Sacaremos el camión de la carretera, y podremos descansar hasta antes del amanecer. Menos mal que el coronel no nos obliga a estar viajando constantemente también durante la noche.

—Hay que hacerlo todo bien. Durante el día quizá llamaría la atención ver un camión como este parado durante varias horas en un estacionamiento de cualquier carretera. En cambio, durante la noche es fácil comprender que los conductores hayan decidido tomarse un descanso.

—Me parece que tenemos el helicóptero encima mismo de nosotros.

—¿Y qué demonios nos importa a nosotros ese helicóptero?

Esta era una pregunta fruto del exceso de seguridad que en sí mismos y en sus planes tenían aquellos hombres. Porque la verdad era que sí les importaba aquel helicóptero…, o cuando menos, la maniobra que estaba realizando en aquel momento justo encima del camión.

Del helicóptero pendía una larga cuerda llena de nudos por la cual estaba descendiendo con rápida agilidad y seguridad una figura que todavía habría causado más asombro a los dos hombres que iban en la cabina. Un asombro justificado, puesto que se trataba de una mujer tan bella, y de apariencia tan delicada, que se podía dudar de que fuese capaz de semejante proeza.

Una proeza que finalizó felizmente cuando la mujer de largos cabellos puso sus pies sobre el techo del remolque, los afirmó bien, soltó la cuerda, y se tendió inmediatamente sobre el techo. Así tendida, boca abajo, giró la cabeza y vio cómo el helicóptero viraba y se alejaba, separándose de la ruta que seguía el gigantesco camión de la East-West.

Durante un par de millas todavía, y tras su peligrosa acrobacia aérea, la agente *Baby* permaneció tendida de bruces sobre el techo del camión, esperando cualquier posible reacción por parte de los ocupantes de este.

Pero no se produjo reacción alguna.

Simplemente, muy cerca de ella uno de los renovadores de aire

zumbaba suavemente.

El camión circulaba a unas cuarenta millas por hora, y el aire de la marcha, ya frío de por sí, lo resultaba aún más en la noche. Pero este era un pequeño problema que no iba a afectar en absoluto los planes ya bien pensados por la agente *Baby*. Asegurándose de que no iba a perder la estabilidad y rodar hacia un lado, con lo que habría caído del techo del remolque a la carretera, la espía sacó de entre los senos lo que parecía una simple bola de algodón del tamaño aproximado de un puño. Y en efecto, era una bola de algodón, pero en el interior de esta había unas cuantas ampollas pequeñas de cristal. Sosteniendo el algodón con las ampollas que contenían gas narcótico en la mano izquierda, Brigitte Montfort sacó también del escote su pistolita de cachas de madreperla, apuntó hacia el eje del renovador de aire y disparó. El renovador de aire dejó de funcionar inmediatamente. Todavía sus aspas giraron unos segundos debido a la velocidad de la marcha, pero era evidente que ya no funcionaba. Acto seguido, y siempre con gran cuidado, la agente *Baby* tomó dos de aquellas ampollas y las dejó caer por el hueco del renovador de aire.

Inmediatamente retrocedió deslizándose hacia el renovador de aire más cercano a la parte de atrás del remolque. La maniobra efectuada allí fue la misma. Luego, mientras el camión seguía rodando y zumbando como llevando a la espía internacional hacia un ambiente cada vez más frío, esta se fue desplazando con todas las precauciones debidas hacia el renovador de aire que estaba en el otro extremo del remolque. Una vez allí, la operación fue idéntica a las anteriores. Y una vez hubo tirado allí también las ampollas de cristal que contenían el gas narcótico especial, la señorita Brigitte *Baby* Montfort dejó que el aire se llevase el algodón en el que había llevado aquellas ampollas, y se dispuso a esperar.

Para su sorpresa y alegría no tuvo que esperar más de cinco o seis minutos. Sorpresa, porque no esperaba que el camión se detuviese tan pronto. Y alegría, porque ello significaba que se iba a ahorrar algunas horas de frío que había considerado inevitables. Inevitables, porque hasta que el camión se detuviera y los dos hombres que iban en la cabina pudiesen ser controlados sin lugar a la menor duda, la CIA y todos los organismos y personal diverso que había colaborado en la localización del camión, tenían órdenes

severísimas de no acercarse a este, con lo que habrían ocasionado una alarma que quizás hubiese dado lugar a una reacción de protección por parte de los hombres que iban en la cabina.

Una reacción de protección, o quizá de represalia, que podía costar la vida a diecisiete diplomáticos extranjeros destinados en los Estados Unidos de América.

Pero no hubo problema alguno. Ni siquiera el del frío que Brigitte había temido pasar.

El camión se salió de la carretera, hacia uno de los estacionamientos laterales, y pocos segundos después había dejado de zumbar su motor y trepidar todo él.

Unos doscientos metros más adelante, se veían las luces de neón de un parador-bar de la carretera. Durante unos segundos nada sucedió. De pronto, se oyó el ruido de una portezuela y una voz de hombre llegó un tanto confusa a oídos de la espía internacional. Luego oyó el chasquido de esa portezuela al ser cerrada, e inmediatamente la del otro lado… Unos segundos más tarde dos hombres aparecían por delante del morro del camión, caminando hacia el bar cuyas luces de neón se divisaban.

—Café y algo de comer —dijo uno de los hombres—. Y hasta quizá podríamos tomar un par de tragos.

—¿Por qué no? Adquiriremos una botella para los muchachos de vigilancia dentro del camión. Nosotros podemos…

La agente *Baby* se había puesto ya de pie, y muy bien afirmada sobre el techo del camión, apuntaba hacia las espaldas de los dos hombres cuando exclamó:

—¡Quietos! ¡No se muevan o disparo!

La primera reacción de los dos hombres fue de desconcierto. Ambos se volvieron mirando hacia atrás en busca de la persona que había hablado. Uno de ellos alzó de pronto lo mirada, vio aquella silueta femenina en lo alto del remolque, y lanzó una exclamación.

—¡Está en el techo del…!

Esto empezó a gritarlo mientras llevaba la mano hacia la axila izquierda, bajo su cazadora de piel.

Llegó a tocar la pistola. Pero solo eso. En lo alto del remolque brilló un diminuto fogonazo, y el hombre que estaba hablando lanzó un grito y saltó hacia atrás, con una bala en el centro de la frente. El otro, que había comenzado también a llevar la mano

hacia su axila izquierda, tras un instante de indecisión tomó una muy sabia decisión final cuando oyó el crujir de la frente de su compañero y el gemido de muerte que este profirió mientras caía hacia atrás.

—¡No dispare! —gritó alzando los brazos—. ¡No dispare más, me rindo!

—Vuélvase de espaldas a mí —ordenó *Baby*—… Saque su pistola y tírela hacia su derecha, que yo lo vea con toda claridad. Y haga las cosas despacio.

El hombre obedeció exactamente lo que le indicaba la espía. Sacó la pistola, la tiró hacia su derecha, y luego permaneció inmóvil, con los brazos en alto.

—Permanezca donde está y como está —siguieron llegándole al hombre las órdenes proferidas por la voz femenina.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya he tirado mi pistola, ¿no es así?

La espía no contestó. De la cintura de su vestido desprendió la pequeña radio, cuyo botón de llamada accionó rápidamente.

—Sí, diga —sonó ansiosa la voz de Simón-Floristería.

—Todo bien, Simón. Pueden ustedes acercarse para hacerse cargo del camión.

En la pequeña radio que *Baby* sostenía sonó una exclamación de alegría, y enseguida el vozarrón de Frank Minello.

—¡Prepara tus piernas! —Aulló Minello—. ¡Ahora sí que voy para ahí dispuesto a pasarme el resto de la noche acariciándolas!

—Tu oportunidad pasó, Frankie —dijo la agente *Baby*—. Debiste aprovecharla cuando te la concedí antes en el coche.

—Eso es jugar sucio —protestó Minello—. Tus piernas son las mismas ahora que antes.

—Mis piernas sí. Pero las circunstancias ya no son las mismas. Y puesto que según parece no voy a morir en esta loca misión de saltar desde un helicóptero sobre el techo de un camión, ya no tengo por qué concederte el deseo de acariciarme. Lo siento, Frankie.

—¡Desde luego…!

Brigitte no oyó nada más, por la sencilla razón de que cerró el contacto, se guardó la radio y dedicó de nuevo toda su atención al hombre que permanecía de pie y con los brazos en alto.

Esta situación no duró más allá de un par de minutos, que fue el

tiempo que tardaron los agentes de la CIA, que en varios coches y desde diferentes lugares convergieron en el sitio donde se había estacionado el gigantesco camión con remolque de la East-West.

La zona de estacionamiento quedó inhabilitada para el uso del público en general, merced a la vigilancia que la CIA dispuso en este sentido. En cuanto al hombre que había tenido al buen sentido de rendirse ante una tiradora tan excepcional, fue rápidamente puesto bajo el debido control, y muy pronto, dominada ya la situación alrededor del remolque, la agente *Baby*, Frank Minello, Simón-Floristería y todo el grupo de agentes especiales que habían intervenido en la búsqueda y acorralamiento del camión, se reunieron en la parte trasera del enorme remolque.

—Desde luego no tiene que ser difícil abrirlo —dijo Simón-Floristería examinando los cierres—. El único riesgo que debemos tener en cuenta es que la situación ahí dentro sea diferente a lo que usted piensa, *Baby*.

—Eso no puede ser —movió la cabeza Brigitte—. El gas que me facilita Me Gee es y ha sido siempre infalible. Solo tenemos que preocuparnos de abrir como sea estas puertas y les garantizo que sean quienes sean y cuantas sean las personas que están ahí dentro, estarán dormidas por los efectos del gas.

Como quiera que, pese a la seguridad de la agente *Baby* de que tenían perfectamente controlada la situación, no fueron desdeñadas ciertas precauciones respecto a una posible maquinaria o cualquier treta de seguridad, las puertas tardaron diez minutos en ser abiertas.

Sin ninguna dificultad, por cierto, salvo la que había representado las precauciones tomadas. Una vez abiertas las puertas, lo primero que vieron fue, a derecha e izquierda de la parte de atrás, grandes cajas conteniendo botes de cristal. Simón-Floristería subió al camión, al centro del estrecho pasillo que quedaba entre las dos tiras de cajas, sacó uno de los botes, lo miró y lo mostró luego a Brigitte, que continuaba en tierra firme.

—¿Le gustaría comer conserva de frutas?

—En este momento, no, gracias. Ayúdeme a subir, Simón.

La distancia desde el suelo a la caja del remolque era ciertamente la que podía ser salvada con seis o siete altos peldaños. Y por si alguna duda les quedaba al respecto, en un lado, sobre una

de las pilas de cajas, vieron la escalerilla metálica que en aquellos momentos se hallaba plegada.

La zona destinada verdaderamente a carga de conservas de frutas era apenas de unos dos metros de profundidad. Allí tuvieron que apartar otras cajas hasta dejar al descubierto una puerta. Puerta que en cuanto fue abierta y localizado a un lado el interruptor de la luz, dejó visible el confortable despacho en el que la señorita Dulce Welby había visto por primera vez al coronel Wolf Zimmer.

La primera en entrar rápidamente fue Brigitte, que casi corrió hacia detrás de la mesa del despacho. Pero antes de que hablase, todos habían comprendido, por el desencanto que apareció en sus facciones, que el coronel Zimmer no se hallaba allí. No había caído dormido por el gas tras la mesa del despacho. Simplemente, no estaba en este.

—Abran esta otra puerta —señaló Brigitte—. En este compartimiento están los prisioneros, y luego hay otra puerta que me parece que cierra un compartimiento destinado a dormitorio de algunos hombres del coronel Zimmer.

No hubo ninguna dificultad, ni ninguna sorpresa.

Todo cuánto iba diciendo la agente *Baby* se iba cumpliendo sin el menor fallo.

Efectivamente, tras la primera de las puertas encontraron a los diecisiete diplomáticos, que barbudos y con aspecto de cansancio, derrotados, yacían profundamente dormidos, todavía para un par de horas más, por los efectos del gas narcótico que había penetrado por los renovadores de aire ahora estropeados.

Tras la otra puerta, en efecto también, se encontraron unas cuantas literas, y en ellas, tumbados, algunos con cigarrillos que habían comenzado a quemar las ropas de la cama o las suyas propias, y otros con revistas encima de ellos o que habían caído al suelo, había un total de diez hombres. Nueve en las literas y uno de ellos caído en el suelo, delante de un aparato radioemisor que por supuesto había estado bajo su cuidado en aquellos momentos.

—Sáquenlos a todos —dijo *Baby*—. Espósenlos o átenlos y pónganlos a buen recaudo. Y quiero que todo este remolque sea registrado a conciencia. El despacho de Zimmer, la celda de los prisioneros, este dormitorio, en fin, todo.

—Te gusta mandar, ¿eh? —refunfuñó Minello a su lado.

—Menos que ser obedecida, Frankie —le miró sonriente Brigitte —. ¿Qué esperas? ¿Acaso no piensas colaborar en el registro?

—Oh, claro que sí, reina del espionaje mundial y celestial. ¡A sus órdenes, Majestad Imperialísima!

—Bueno —refunfuñó Brigitte—… Deja de decir tonterías y ponte a ayudar.

—A los pies de Su Majestad, no faltaría más.

—¡Frankie, ya está bien!

Algunos agentes de la CIA soltaron algunas risitas por la actitud de Frank Minello, pero con risitas o sin risitas, con bromas o sin bromas se procedió a un sistemático y profundísimo registro de todo el gigantesco remolque que era el cuartel general del coronel Zimmer.

El balance definitivo fue el siguiente:

Los prisioneros fueron llevados a un lugar conveniente, donde serían interrogados. Los diplomáticos extranjeros fueran llevados a la más cercana clínica de la CIA, donde serían atendidos hasta que despertasen y, posteriormente, reintegrados a su ambiente en las debidas condiciones físicas.

Mientras tanto, en el despacho del coronel Zimmer fue hallado un fichero en el que constaban más de cien nombres, todos ellos masculinos, y cada uno de los cuales tenía anotado al lado simplemente un número de teléfono.

—Estos hombres —murmuró la agente *Baby*— deben de ser los que están a las órdenes del coronel Zimmer. Naturalmente, como comprenderán ustedes, para provocar la avería que produjo el apagón la otra noche y para llevar a cabo el secuestro de diecisiete personas, se necesita gran cantidad de personal. Aparte de los que iban aquí en el remolque custodiando a los prisioneros debe de haber otros ochenta y tantos o noventa, distribuidos quizás en todo el país después de haber cumplido su misión de secuestro. Todo lo que tiene que hacer ahora la CIA es localizar dónde están instalados estos teléfonos y detener a sus propietarios. ¿Entendido, Simón?

—Por supuesto, se procederá a ello inmediatamente. ¿Y esos papeles que hemos encontrado en el dormitorio de los vigilantes de los prisioneros?

—Pues o mucho me equivoco o esos papeles son los que les dieron para que fuesen escribiendo todo cuanto supieran respecto a

las relaciones secretas entre Israel y sus respectivos países. Voy a echarles un vistazo mientras ustedes acaban de poner esto en orden y lo preparan todo para que nosotros podamos dejar ya todo esto en manos de nuestros compañeros. ¿De acuerdo?

—Por mí esté bien —asintió Simón.

Pero para Brigitte *Baby* Montfort no estuvo bien. La información que fue obteniendo leyendo aquellos papeles en los que los diplomáticos habían hecho confesiones de mayor o menor importancia, le produjo, como solía ocurrirle con frecuencia, simplemente asco y tristeza.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Minello, que sentado ante ella la había estado contemplando.

—¿Qué cara pongo, Frank?

—Pues… Bueno, yo diría que como de asco y de pena.

—Exactamente. ¿Y qué otra cara se puede poner leyendo todo este montón de porquerías?

—¿Son chistes groseros?

—No tengo ganas de bromas, Frankie. Son porquerías políticas, simplemente.

—¿Y qué piensas hacer con todos esos papeles, con toda esa información? ¿La destruirás?

—No. En esta ocasión no pienso hacer semejante cosa. Creo que será conveniente que la CIA, se entere de toda esta porquería. Ya sabes que muchísimas veces he destruido muchos datos porque temía que la CIA pudiera hacer mal uso de ellos. Pero esta vez creo muy conveniente que se entere.

—Bueno, estoy seguro de que si tú lo dices, así debe de ser. Pero, por favor, no me cuentes a mí nada de lo que hay escrito ahí.

—No pensaba hacerlo.

—Pues vaya confianza —gruñó Minello.

—No es por confianza o desconfianza, Frankie. Es que si a mí me produce asco, tú seguramente acabarías vomitando.

—Todo en orden —reapareció Simón-Floristería—. Nosotros tres podemos marcharnos cuando usted quiera, *Baby*.

—Pues inmediatamente. Quisiera entregarle a tío Charlie…

La radio que todavía llevaba prendida *Baby* en la cintura del vestido sonó y la espía atendió inmediatamente la llamada.

—¿Sí?

—Soy yo —se oyó la voz de Pitzer.

—Encantada de oírle, tío Charlie. ¿Qué pasa? ¿Acaso no ha sido informado de que todo ha terminado ya casi felizmente?

—Sí, sí, ya sé que tenemos a los diplomáticos y que solamente nos falta por atrapar al coronel Zimmer y a todos esos hombres de las cuales tenemos sus números de teléfonos. La llamo porque hace unos segundos me ha llamado Peggy por teléfono a la floristería.

—¿De veras? —Se sorprendió Brigitte—. ¿Y qué quería mi querida Peggy?

—Ha preguntado por usted. No sabía dónde ni cómo localizarla y ha pensado que yo sí podría hacerlo. Al parecer alguien ha llevado un sobre para usted, y lo depositó en la conserjería. A su vez, el conserje se lo subió a Peggy, y esta dice que viene a nombre de usted con la palabra «Urgente». Peggy quiere saber qué hace con ese sobre.

—Que no haga absolutamente nada, tío Charlie. Dentro de una hora, aproximadamente, nosotros nos reuniremos en mi apartamento, y yo me haré cargo de ese sobre. Sea tan amable de comunicárselo así por teléfono a Peggy.

—De acuerdo. ¿Ha surgido alguna dificultad inesperada?

—Ninguna en absoluto. Hasta luego, tío Charlie.

Capítulo VIII

Cuando Brigitte, Minello y Simón-Floristería llegaron al apartamento de la primera, Charles Alan Pitzer, en efecto, ya estaba allí esperando. Y no solo. Miky Grogan, el viejo y querido amigo de Brigitte y director del *Morning News*, también estaba allí, y se puso en pie inmediatamente al ver aparecer a la espía.

—¿Podemos ya publicar lo qué ha ocurrido?

—No, Miky. Lo siento, todavía no. No olvide que el coronel Zimmer anda por ahí suelto, y que si no mintió, tiene como rehenes a otras personas.

—Pero no diecisiete diplomáticos extranjeros —farfulló Miky Grogan.

La dulce y azul mirada de Brigitte Montfort se congeló tan súbitamente que Miky Grogan respingó. Y antes de que Brigitte pudiese decir algo, alzó las manos en un gesto de derrota.

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró—. He dicho una tontería, y hasta creo que una salvajada. Aunque esas personas que el coronel Zimmer mantiene como rehenes no sean diplomáticos, supongo que para usted y claro está, también para todos nosotros, tienen el mismo valor.

—Exactamente, Miky. Todas las personas tienen el mismo valor humano. Prescindiendo de su valoración de acuerdo a sus capacidades profesionales, como seres humanos supongo que todos podemos ser valorados en la misma proporción.

—No discutiremos eso —farfulló Miky Grogan—. Solo espero que comprenda mis deseos de…

—Lo comprendo todo muy bien, Miky. Pero ya le he dicho que hasta que sepamos a qué atenernos respecto al coronel Zimmer, no me parece prudente publicar nada sobre la sucedido. Peggy… ¿dónde está ese sobre que dejaron para mí en la conserjería?

Peggy fue a tomarlo de sobre la repisa de la bonita chimenea, y

se lo llevó a Brigitte. Esta lo miró por ambos lados, palpó su contenido, y tras fruncir el ceño y vacilar unos instantes, simplemente rasgó el sobre y extrajo su contenido.

Había una cuartilla doblada en cuatro y varias fotografías.

Primero Brigitte echó un vistazo a la fotografía que estaba encima de todas, y sus amigos captaron ya la palidez que decoloró las bellas facciones de Brigitte. Luego, esta leyó la breve nota y todavía palideció más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Minello acercándose.

Brigitte le tendió la nota, diciendo:

—Léelo, en voz alta, Frankie, por favor. Minello asintió y bajó la mirada hacia la nota.

> *Señorita Montfort: le envío la prueba de que dispongo de 34 rehenes judíos norteamericanos. Juegue limpio conmigo o le enviaré las cenizas de todas estas personas. Saludos de su respetuoso*
>
> *Coronel Zimmer*

Mientras Minello leía la nota, Brigitte había ido mirando las fotografías, que luego entregó a Pitzer, el cual se había acercado. Con Pitzer se apresuraron a mirarlas Miky Grogan y Frank Minello. Y por último, las fotografías quedaran en manos de Simón-Floristería, que tras mirarlas, tan demudado como los demás, dirigió su mirada hacia Brigitte.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró.

—No lo sé —susurró Brigitte.

—Quizá no sea cierto que tiene a treinta y cuatro personas —murmuró también Pitzer—. Cualquiera puede conseguir unas fotografías como estas, a fin de cuentas.

—Me gustaría estar segura de que es así, tío Charlie. Pero, no sé por qué tengo el presentimiento de que el coronel Zimmer ha sabido protegerse debidamente. Y yo he cometido la insensatez de considerar, anteriormente, que no era cierto lo de los demás rehenes.

—Puede ser mentira lo de esas fotos —insistió Pitzer.

—Ya sé que puede ser mentira —casi gritó Brigitte—. Pero no he debido precipitarme. No he debido hacer nada hasta tener la

certeza de que Zimmer estaba mintiendo en ese sentido.

Su reacción sorprendió por un momento a todos, pero Minello, que fue el primero en comprenderla, se acercó a Brigitte y le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquilízate, cariño… Tú no tienes la culpa de lo que haya hecho o haga el coronel Zimmer. Y de todos modos, ya sabes que todos creíamos que era mentira lo de los rehenes.

—Creo… creo que he perdido un poco los nervios. Por favor, perdónenme todos. Pero la idea de que ese maldito loco pueda…

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Las miradas de todos convergieron hacia el aparato, mientras Peggy se dirigía a atender la llamada. Después de escuchar al comunicante, se volvió, tendiendo el auricular hacia Brigitte.

—Para usted, señorita.

—¿Quién es? —preguntó Brigitte.

—El coronel Zimmer.

Hubo un estremecimiento colectivo. Luego, Brigitte, despaciosamente, se dirigió hacia donde estaba el aparato telefónico, tomó el auricular…, y tras un instante de vacilación, lo dejó sobre la mesita y puso en marcha el *speakerphone*, de modo que todos pudiesen oír la conversación entre ella y el coronel Zimmer.

—¿Sí, coronel? —susurró.

—Señorita Montfort, ¿está usted loca? —Se oyó el grito furioso de Zimmer.

—Quizás. ¿Por qué lo pregunta?

—Ha cometido usted una auténtica locura. Una descomunal insensatez, al atacar mi cuartel general. ¿O no ha hecho usted semejante locura?

—Usted sabrá, que es el que me ha llamado para hablar sobre ello, coronel.

—Yo la he llamado a usted porque cuando he intentado comunicar por radio con mis hombres, no he obtenido respuesta. Y para que yo no obtenga respuesta de mis hombres, señorita Montfort, ha tenido que ocurrir algo verdaderamente grave. Algo que tan solo puede provenir de una persona tan peligrosa como es la agente *Baby*. ¿Ha tenido usted algo que ver en esto?

—No. Le aseguro que no, coronel.

—¡Me está mintiendo! —Aulló Wolf Zimmer—. ¡Sé perfectamente que usted se las ha arreglado de un modo u otro para localizar mi cuartel general y ocuparlo con toda su caterva de policías y espías! ¡Sé que lo ha hecho y por lo tanto voy a cumplir mis amenazas!

—Escuche, coronel…

—¡No tengo nada que escuchar! —Vociferó Zimmer—. ¡Usted es una insensata y una estúpida que me ha puesto en la situación de tener que inmolar a esas treinta y cuatro personas! ¡Y le aseguro que voy a hacerlo!

—Coronel Zimmer, por favor, solo quiero decirle…

—¡Le digo que no quiero escuchar nada de usted! Voy a liquidar a esas treinta y cuatro personas, eso es todo… Mejor dicho, no. Eso no es todo. Escuche muy bien lo que va a suceder después de que haya convertido en cenizas a esas personas. Lo que ocurrirá será que la voy a delatar a usted al Servicio Secreto ruso o chino, al que me pague más. Y con el dinero que me darán por esa información, podré preparar otro gran golpe contra Israel y contra todos los malditos judíos del mundo. Y entonces no estará usted para estorbar mis planes. ¿Se ha enterado?

—Sí, pero le ruego que me escuche. Podemos entendernos de modo que…

—Usted y yo ya no nos entenderemos de ninguna manera. Por lo tanto, ya puede empezar a buscar el modo de escapar a la persecución a que la van a someter todos los espías rusos y chinos del mundo. Y mientras tanto, puede tener la gran satisfacción de saber que ha sido la causante de que treinta y cuatro personas sean destruidas. Usted me ha obligado a volver a los viejos tiempos.

—Coronel Zimmer, le suplico…

¡Clic!, se oyó el chasquido del auricular al ser colgado por el coronel Wolf Zimmer. Luego el silencio; un silencio total, terrible. Todas las miradas estaban fijas en Brigitte, cuya palidez era poco menos que cadavérica. Lentamente, Brigitte se sentó en un sillón y se pasó las manos por el rostro, que notó frío, extremadamente frío; tenía ciertamente la impresión de que se estaba sumergiendo en un pozo helado. Se sentía petrificada, y congelada. Le zumbaban los oídos, la cabeza le daba vueltas.

De pronto, apartó las manos del rostro, alzó la cabeza y

exclamó:

—¡Los viejos tiempos! ¡Incinerados!

—¿Qué? —exclamó Minello.

Brigitte pareció no oírlo. No oía ni veía nada. Parecía hablar consigo misma, ausente la expresión, muy abiertos los ojos.

—Los viejos tiempos. Incinerados. —De pronto miró a Charles Alan Pitzer—. ¿No lo comprende, tío Charlie? Ese hombre se dispone a utilizar los viejos métodos nazis para deshacerse de grandes cantidades de judíos. Los va a matar posiblemente con gas y luego los va a meter en un horno para que sean incinerados los cadáveres.

—Bueno, quizá sea eso lo que…

—¡Pero tiene que comprenderlo! —Exclamó Brigitte poniéndose en pie de un salto—. Para incinerar esos cadáveres necesita un horno. ¿Y dónde hay un horno que nosotros sepamos, Frankie? —exclamó mirando de pronto a este.

—Que nosotros sepamos, solo conocemos el horno del cementerio de coches.

—Exacto.

—Pero allí no había nadie, Brigitte. Solamente dos hombres.

—Puede que en ese momento hubiese solamente dos hombres. Pero ¿cómo podemos saber que el coronel Zimmer no dispone de medios para trasladar allí a treinta y cuatro personas, quizás en otro camión?

—Bueno, no lo sé…

—Yo no creo ahora que los tres hombres de la fotografía de Dulce Welby, fuesen a aquel cementerio de coches solo porque se habían enterado de que yo les seguía. Eso no era cierto. Se enteraron luego, después de verme a mí por allí, de que llevaban un emisor en el coche. Antes no lo sabían. Y fueron al cementerio de coches plenamente confiados. ¡Y fueron allí porque allí había algo o alguien!

—Bueno…

—Tiene que ser así. Incluso es posible que… ¿por qué no ha de ser posible que en ese viejo y asqueroso edificio haya un sótano o algún escondrijo no visible a simple vista?

Pitzer, Simón-Floristería, Miky Grogan y Minello cambiaron miradas entre sí. El que menos creía en lo que decía Brigitte, era

precisamente Minello, puesto que él había estado dentro de aquel edificio del cementerio de coches. Pero al mismo tiempo, él era el que más cosas estaba dispuesto a hacer con tal de complacer a Brigitte o evitarle cualquier clase de sufrimiento.

—Puede que tengas razón —asintió con bien logrado entusiasmo —. ¡Vamos para allá y quizá todavía lleguemos a tiempo de evitar esa masacre humana!

—¡Venga, deprisa! —gritó exigente el coronel Zimmer—. ¡Todos fuera de este cuarto!

Los prisioneros comenzaran a removerse dentro de su celda, y con cierta indecisión se dirigieron algunos hacia la puerta. En esta, pistola en mano, estaban esperando Weiss y Kaltman. Solamente el muy furibundo Wolf Zimmer había entrado en la gran celda.

—¡He dicho que deprisa, o empiezo a disparar contra todos vosotros, cerdos judíos! ¡Todo el mundo fuera inmediatamente!

El rumor de pies deslizándose por el suelo aumentó. Los prisioneros, hombres de edad bastante avanzada, mujeres, y un par de niños, caminaron sumisamente hacia la puerta, mientras Wolf Zimmer hacía excitados y coléricos gestos con la pistola, urgiéndoles en su desplazamiento.

Las treinta y cuatro personas allí encerradas salieron al pasillo, y, precedidos por Weiss y Kaltman, lo recorrieron, llegaron a la pequeña zona de recibo, e iniciaron el ascenso de los escalones, que uno a uno los fueron conduciendo hasta el interior del feo y viejo edificio ruinoso del cementerio de coches.

Tres bombillas, separadas por varios metros, iluminaban mortecina y tristemente la nave de ruedas, motores viejos, portezuelas en relativo buen estado y demás desechos de automóvil. Los prisioneros fueran reuniéndose allí, y a medida que su número iba aumentando en la parte de arriba, Weiss y Kaltman iban retrocediendo hacia la puerta. Finalmente, detrás de todos los prisioneros apareció Wolf Zimmer, que siempre rugiendo ordenó:

—¡Todo el mundo fuera!

Kaltman fue quien abrió la puerta y salió en primer lugar, seguido de Weiss. Luego, en pequeños grupos, comenzaran a salir los prisioneros. El último en salir, siempre vociferando colérico y moviendo la pistola amenazando a todos lados, fue Wolf Zimmer.

Y sus voces destempladas fueron el único sonido que continuó

oyéndose.

—Caminen todos hacia la parte de atrás. ¡Vamos, deprisa!

Como un amedrentado rebaño, rodeados por los tres hombres armados con pistolas automáticas, los prisioneros fueron en pos de Kaltman, mientras Weiss se colocaba en un flanco. Rodearon el edificio, y al otro lado, unos metros más allá del coche estacionado, vieron la rampa que conducía al horno donde era fundida la chatarra prensada en que se convertían los automóviles desechados.

—Caminen hacia allí. ¡Les digo que caminen!

Por el momento, los prisioneros caminaron hacia la boca de la rampa para deslizar los grandes paquetes de chatarra. Pero a medida que se acercaban e iban percibiendo el intenso calor que brotaba del fondo de la rampa, los que iban en cabeza del grupo comenzaron a imprimir más y más lentitud a cada uno de sus pasos.

—¿Qué os pasa? —Aulló una vez más Wolf Zimmer—. ¿Por qué os detenéis? Quiero que…

—Coronel Zimmer —le llegó de pronto una voz bien conocida por este—: está usted rodeado.

Wolf Zimmer lanzó un chillido de rabia. Se volvió y disparó un par de veces hacia no sabía dónde. Quizá por un reflejo de imitación, Weiss y Kaltman se apresuraron también a disparar hacia donde les había parecido oír la voz de mujer.

Pero mientras sus balas rebotaran en la montaña de vehículos, de varios puntos brotaron fogonazos que enviaron plomo hacia donde los dos hombres pretendían continuar disparando.

Solamente dos.

Porque mientras Weiss y Kaltman, siguiendo su impulso de afrontar el peligro tan inesperadamente aparecido habían permanecido en su sitio, Wolf Zimmer reaccionó con mucha más astucia y serenidad de la que se podía pensar en él, considerando el gran cambio de la situación.

El coronel Zimmer comprendió rápidamente dónde estaba su única posibilidad de salvación apenas comenzaron a sonar los disparos que, llegando de todos lados, aplastaron contra el suelo a Weiss y Kaltman. Mientras estos caían, Zimmer había saltado ya hacia el grupo de prisioneros y se apresuró a agarrar por el brazo a uno de los niños, y tiró de él apartándose inmediatamente de los restantes.

—¡Que nadie se mueva! —gritó—. ¡Un solo movimiento o un solo disparo contra mí y le vuelo la cabeza a este niño!

El silencio fue súbito, como si bastase haber apretado una clavija para conseguirlo.

No solo llegó el súbito silencio, sino una total inmovilidad en torno a Wolf Zimmer y a su asustadísimo rehén, que parecía incapaz de reaccionar en ningún sentido. Aunque poca cosa habría podido hacer, considerando que la fuerte mano del coronel Zimmer se clavaba en su pequeño brazo como una terrible garra.

—¡*Baby*! —gritó Zimmer—. ¿Me está oyendo?

—Le oigo perfectamente, coronel. Deje marchar a ese niño.

—De acuerdo —rio de pronto Zimmer—. Lo voy a dejar marchar…, pero cuando me marche yo en un helicóptero que van a pedir ustedes para mí. Y para que no se llamen a engaño, yo subiré a ese helicóptero con el niño. Cualquier contrariedad entonces, o cualquier movimiento que efectuase alguien ahora, dará lugar a que le reviente la cabeza a este niño de un disparo, y luego siga disparando para matar a quien sea antes de morir.

Las clarísimas y contundentes amenazas de Wolf Zimmer llegaron con toda nitidez a oídos de Brigitte Montfort, que encaramada en un grupo de automóviles apilados, y teniendo junto a ella a Frank Minello, quedó inmóvil, vacilante.

—Estoy viendo perfectamente a ese tipo —susurró Minello—. Como es más alto que el niño le puedo ver muy bien la parte superior del cuerpo y la cabeza, estoy seguro de que le acertaría de un disparo, Brigitte.

—Yo también le acertaría —susurró *Baby*—. Paro puede ser peligrosísimo, Frankie. Si recibe el balazo aunque sea en la cabeza, todavía puede tener fuerzas o reflejos suficientes para apretar el gatillo de la pistola. Quédate aquí y sigue conversando con él.

—¿Que yo converse con ese bicho? ¿Y qué le digo?

—Dile que muy bien, que vamos a pedir por radio el helicóptero y que podrá escapar en él. Sobre todo, que no se ponga nervioso.

—¿Adónde vas tú?

—No te lo digo porque ya me has llamado loca en el día de hoy. Hasta luego, Frankie.

—Pero…

Pero, simplemente, Brigitte Montfort, evitando hacer el menor

ruido en los coches, se deslizó alejándose de Frank Minello, el cual empezó a cumplir sus instrucciones, conversando a grito pelado con Wolf Zimmer.

Verdaderamente, el plan de Brigitte podía considerarse una locura. Ella sabía muy bien que desde donde había estado antes podía acertar a Wolf Zimmer en plena cabeza. Incluso podía elegir perfectamente en cuál de los dos ojos del coronel quería meter la bala. Pero sabía con toda seguridad que el último movimiento instintivo reflejo del coronel Zimmer sería apretar el gatillo de la pistola que empuñaba, y que ocasionaría la muerte inmediata del niño que había tomado como rehén inmediato y actual.

Así pues, dispuesta a evitar esto, *Baby* llegó abajo de la montaña de coches, se alejó de estos, y la rodeó hasta llegar a un punto muy cercano a la boca de la rampa del horno, desde donde podía ver de nuevo a Wolf Zimmer y a su víctima. A sus oídos llegaba el vozarrón de Frank Minello haciendo toda clase de ofertas y seguridades a Wolf Zimmer respecto al helicóptero y a que el coronel podría utilizarlo para su fuga.

¿Cuál era el plan de la agente *Baby*? Una auténtica locura. En ocasiones se había visto en apuros precisamente al no acertar en la cabeza o en el corazón a los enemigos que la atacaban, dado el pequeño tamaño de las balas que disparaba su pistola de cachas de madreperla.

En esta ocasión iba a ser al revés. En esta ocasión, Brigitte *Baby* Montfort se disponía a efectuar un disparo a más de quince metros con un blanco en verdad escalofriantemente pequeño considerando esta distancia: la mano armada del coronel Wolf Zimmer.

Si su bala acertaba en la mano de Zimmer, la destrozaría y le arrancaría la pistola. Este era el único medio de que Zimmer no pudiese disparar.

El otro medio de evitar de inmediato la muerte del niño era que, en efecto, Zimmer escapase con un helicóptero y con el niño. Pero *Baby* sabía perfectamente que en cuanto Zimmer se considerase a salvo, se vengaría matando al niño y tirándolo desde el helicóptero. Asimismo mataría luego al piloto que le hubiese llevado al lugar donde él indicase. Y posteriormente, después de vender la identidad de la agente *Baby* a rusos o a chinos o a ambos, o a muchos más servicios de espionaje, Wolf Zimmer era la clase de loco que

insistiría en sus propósitos de enfrentar unas naciones con otras sin importarle lo que ello pudiera ocasionar, aunque fuera una guerra mundial.

Así pues, cuando desde casi quince metros, Brigitte Montfort alzó la mirada y extendió completamente el brazo derecho y su mirada se clavó en la mano derecha de Wolf Zimmer, que veía por encima de la cabeza del niño, no hubo en ella ni el más ligero temblor, ni la más ligera vacilación.

Contuvo la respiración, permaneció como una estatua durante dos segundos, y de pronto apretó el gatillo.

Plof, chascó su pistolita.

Exactamente trece metros y medio más allá, el coronel Zimmer lanzó un alarido espantoso, y dio un salto alejándose del niño y cayendo sentado en el suelo.

El niño lanzó un grito y echó a correr en dirección adonde estaba todo el grupo de prisioneros. Mientras tanto, Wolf Zimmer, sin dejar de gritar, se puso en pie de un salto…, y justo en el momento en que la agente *Baby* desviaba lenta e implacablemente su pistolita hacia él, sucedió lo inesperado.

Completamente inesperado.

Un rugido de rabia brotó del grupo de prisioneros, que en un instante se abalanzó contra Wolf Zimmer, quien desarmado y herido lanzó un chillido de espanto, dio media vuelta y echó a correr.

En un instante, el aterrado coronel Zimmer, que se veía a sí mismo despedazado por el grupo de personas a las que había humillado y torturado mentalmente con promesas de muertes y de incineraciones y muchas otras calamidades y dolores, recorrió tanto espacio de terreno que cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde.

Pese a la relativa oscuridad nocturna, el coronel Zimmer se dio cuenta de que sus pies habían llegado al borde de la rampa de descenso hacia el horno.

Notó el terrible calor, quiso detenerse, y todo lo que consiguió fue caer hacia adelante de bruces. Sus manos, una de ellas reventada por el certero disparo de la espía internacional, se apoyaron en la candente rampa, y otro nuevo alarido de dolor brotó de labios del coronel Wolf Zimmer.

Retiró las manos tan brutalmente quemadas, y al hacerlo perdió

el equilibrio hacia adelante y cayó de cara.

Otro nuevo grito brotó de labios del coronel Zimmer. Y mientras, y definitivamente, rodaba hacia lo más profundo de la rampa que conducía al horno, su grito quedó vibrando en el frío aire de la noche.

—¡AaaaAAAaaaAaaaaaaAAAaaaaa…! Después del grito no quedó nada.

Se había producido otro apagón.

El apagón de la vida del coronel Wolf Zimmer.

Este es el final

—Desde luego —sonrió Simón-Floristería—, siempre se sale usted con la suya, *Baby*.

—Pura suerte. Lo he dicho muchas veces, Simón.

—Pero qué suerte ni qué narices —farfulló Charles Alan Pitzer —. No se tiene suerte tanto tiempo y en ocasiones y circunstancias tan diversas y adversas. Y otra cosa: ¿acaso pretende hacernos creer a todos que acertarle la mano a aquel chiflado, a aquella distancia y en aquellas condiciones es suerte?

—Bueno…

—Nada de suerte —insistió Pitzer—. Es usted una espía no solo implacable e inteligente, sino que tiene la mejor puntería del mundo.

—Bueno, suerte también tiene —dijo Simón-Floristería—. Porque cuando registramos luego el sótano del cementerio de coches encontramos la caja fuerte de Zimmer, y en ella dinero más que suficiente para que *Baby* pueda comprarse otro Cadillac. O dos o tres, si quiere.

—Me conformo con uno solo —sonrió Brigitte—. Pero desde luego tiene que ser el último modelo que…

La luz se apagó de pronto. Hubo exclamaciones de sorpresa, y acto seguido la voz de Brigitte.

—Pero… ¿qué pasa ahora?

—Otro apagón —exclamó Miky Grogan.

—No —dijo Brigitte—. Porque solamente se ha apagado la luz de este apartamento, según me parece. Si miran por el ventanal de la terraza verán que Nueva York sigue iluminada.

—Pues es verdad —exclamó Simón-Floristería—. ¿Qué demonios habrá pasado?

—Atención al fantasma —se oyó la cavernosa voz—. Un

fantasma que viene a secuestrar a la agente *Baby* para torturarla y hacerle confesar todas las siniestras maniobras que conoce de la CIA.

—¡Frankie! —exclamó Brigitte—. ¿No estabas en la cocina ayudando a Peggy?

—No soy Frankie —continuó la misma voz cavernosa—… Soy un fantasma que viene a llevarse a la agente *Baby*.

—Se lo digo yo —sonó la voz de Pitzer—. ¡Este Minello está cada día más loco!

—Y cada día es más cretino y más bruto —apoyó la vez de Miky Grogan.

—Y ustedes son cada día más antipáticos —sonó en la oscuridad de pronto la voz natural de Frank Minello—… ¿Es que no saben ni siquiera aceptar una pequeña broma?

—¡Pero qué broma ni qué narices! —Mascculló Miky Grogan—. ¡Eres un cretino, eso es todo!

—No les hagas caso, Frankie —rio la dulce y divina espía—. A mí sí me ha gustado la broma. Y ojalá tal como has apagado la luz de mi apartamento, pudieses provocar también un apagón en todos los odios y rencores del mundo.

—¿Se dan cuenta? —Clamó triunfante en la oscuridad la voz de Minello—. ¡Así hay que saber reaccionar y no siempre gruñendo y refunfuñando por todo! Tomen ejemplo de esta divina criatura que lo mismo dispara mortalmente, que ríe angelicalmente. ¡Viva Brigitte!

FIN